

UNA CAÑA PENSANTE. IMAGEN DEL HOMBRE Y SU CONDICIÓN FINITA



FIDEL ARGENIS FLORES QUIROZ

JÓVENES ◊ PASIÓN Y LIBERTAD | PENSAMIENTO | FILOSOFÍA



Una caña pensante. Imagen del Hombre y su condición finita



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO



Universidad Autónoma
del Estado de México

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Marcela González Salas y Petricoli
Secretaria de Cultura y Turismo

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Marcela González Salas y Petricoli

Rodrigo Jarque Lira

Gerardo Monroy Serrano

Jorge Alberto Pérez Zamudio

Secretario Ejecutivo
Alfredo Barrera Baca

Comité Técnico

Alejandro Pérez Sáez

Rodrigo Sánchez Arce

Laura G. Zaragoza Contreras

Doctor en Ciencias
e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Rector

Doctora en Humanidades
María de las Mercedes Portilla Lujá
Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración
Jorge Eduardo Robles Alvarez
Director de Publicaciones Universitarias

UNA CAÑA PENSANTE

Imagen del Hombre y su condición finita

Fidel Argenis Flores Quiroz

JÓVENES. PASIÓN Y LIBERTAD | FILOSOFÍA



Una caña pensante. Imagen del Hombre y su condición finita

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México / Universidad Autónoma del Estado de México, 2022

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México
Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca, Estado de México.
ceape.edomex.gob.mx

D. R. © Universidad Autónoma del Estado de México
Instituto Literario núm. 100, Oriente, C. P. 50000,
Toluca, Estado de México.
publicaciones@uaemex.mx

© Fidel Argenis Flores Quiroz, por el texto
© Ángel Ramírez Medina, por el prólogo

ISBN (colección GEM): 978-607-5910-11-6

ISBN (colección UAEMÉX): 978-607-633-837-7

ISBN (GEM): 978-607-5910-14-7

ISBN (UAEMÉX): 978-607-633-842-1

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 226/09/18/22

Coordinación editorial: Alejandro Pérez Sáez y Jorge Eduardo Robles Álvarez
Diseño y formación: Rogelio González Pérez
Cuidado de la edición: Grecia Yisel Millán Herrera

El contenido de esta publicación es responsabilidad exclusiva de la autoría.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos patrimoniales.

Hecho en México / *Made in Mexico*

Nadie puede cuestionar que el mundo actual demanda acciones eficaces en todos los campos de la vida. Las generaciones jóvenes asimilan la información de su realidad histórica, la procesan y van fraguando gradualmente una voz propia. Esa voz que se alza frente al orden establecido debe ser escuchada, porque es portadora de la simiente del pensamiento evolutivo, del paso que marca el cambio de una generación a la siguiente.

Por ello, la Secretaría de Cultura y Turismo no escatima esfuerzos en la creación de diferentes vías que ayuden a la maduración del talento joven, a la difusión de sus ideas estéticas a través de la creación intelectual y artística, alimento del pensamiento humanista que, hoy por hoy, es el camino más firme hacia la paz mundial.

Conscientes de estos principios, nos hemos dado a la tarea de abrir nuestras puertas a jóvenes artistas y pensadores mexicanos que destacan en los diversos géneros literarios: novela, cuento, ensayo, poesía y dramaturgia; en la reflexión y el pensamiento filosófico, histórico, antropológico y social; en las artes plásticas como pintura, grabado y escultura, o en las artes gráficas, digitales y cinematográficas.

Es así como surge el proyecto Jóvenes. Pasión y Libertad, nueva colección del Fondo Editorial Estado de México en coedición con la Universidad Autónoma del Estado de México, que abre un espacio para dar cauce a las voces de la juventud creadora, además de reconocer su trabajo y sus aportes a la literatura, el pensamiento y las artes de nuestra entidad.

MARCELA GONZÁLEZ SALAS Y PETRICIOLI
Secretaria de Cultura y Turismo

Fortalecer la inclusión en la universidad y en la sociedad, al igual que la identidad de los diversos sectores de la población mexiquense, mediante la amplia participación de jóvenes en actividades literarias, artísticas y culturales es el principal objetivo de la Universidad Autónoma del Estado de México en materia de difusión cultural. Así lo definió la comunidad universitaria de la Uaemex en su Plan Rector de Desarrollo Institucional 2021-2025.

Por ello, a las universitarias y los universitarios nos llena de entusiasmo participar como coeditores en el diseño y lanzamiento de la acertada colección Jóvenes. Pasión y Libertad, que incluye obras de artes visuales, literatura y pensamiento filosófico, realizadas por jóvenes que practican los diversos géneros de estas tres vertientes de la producción intelectual en nuestra entidad.

Cada obra publicada en esta colección constituye un trabajo reflexivo sobre la realidad que, gracias a su tratamiento artístico, logrará detonar nuevas experiencias estéticas, intelectivas y morales en el público lector.

A su vez, la colección Jóvenes. Pasión y Libertad ha sido construida con una mirada abierta a la innovación de temáticas y técnicas que las jóvenes autorías seleccionadas han planteado con arrojo y energía.

Deseo que las obras que conforman esta colección se inserten en la rica tradición literaria hispanoamericana y dialoguen durante mucho tiempo con la crítica especializada y el público en general. Que así sea para el deleite de todas y todos.

Somos Uaemex

Patria, Ciencia y Trabajo

DR. CARLOS EDUARDO BARRERA DÍAZ
Rector

Índice

| | |
|---|-----|
| Fidel A. Flores Quiroz, “Una caña pensante” | 13 |
| Prólogo | 17 |
| CALLOSIDAD CEREBRAL | 23 |
| ODISEO Y DÉDALO | 33 |
| TÁNTALO, SÍSIFO E IXIÓN | 41 |
| TIRESIAS, CALÍGULA Y EDIPO | 59 |
| EL JUGADOR, SANSÓN Y BUTES | 73 |
| SÓCRATES Y MERLÍN | 85 |
| LA CAÑA PENSANTE | 93 |
| Referencias | 101 |

Fidel A. Flores Quiroz, “Una caña pensante”

La filosofía para el profesor Fidel A. Flores es un titánico y sostenido esfuerzo por escapar a la futilidad del ser a través de los diversos asideros que fraguan en la metafísica, entendida como búsqueda de sentido, sea este inmanente o trascendente. El pensamiento pascaliano, que Flores analiza con maestría, va justamente del carácter fútil del ser.

En la Modernidad, la Humanidad es destronada de su posición de privilegio en relación con el Cosmos, años después, también de la Naturaleza donde reinaba como la criatura radicalmente otra. Zarandeada, luego, por los crueles avatares históricos del siglo xx, hasta verse hoy en la obligación de extender sus derechos, casi recién conquistados, a otras criaturas sintientes. Y, ante estos avatares, escribe Flores, “siente la necesidad de pensarse más allá de lo biológico y cultural”.

Flores deja constancia de la vigorosa investigación introspectiva pascaliana, con raíz en la docta ignorancia socrática y el precepto delfico, e indica oportunamente la necesidad de “una disciplina que brinde un poco más de claridad alrededor del hombre: la antropología filosófica”. Una antropología como la que nace de Pascal, pensador profundo y ambivalente, matemático, ingeniero, físico —vasos comunicantes, experimento del vacío con el barómetro de Torricelli— y filósofo.

La obra de Pascal supone una nota discordante al comienzo de la Modernidad. Heredero de la tradición del pensamiento trágico —o dionisiaco, en terminología nietzscheana— mostraba predilección por la expresión simbólica e intuitiva, frente al Racionalismo que se abría paso en la ciencia como en la filosofía. En su lúcido estudio, Flores parte de la conocida metáfora de la “caña pensante” a través de la cual el filósofo jansenista recoge la dúplice condición, frágil y grandiosa, de un ser atrapado entre dos infinitos que no puede comprender. Para Flores, el vacío,

inquietante concepto donde los haya —tanto como idea filosófica, cuanto realidad física que Pascal se encarga de demostrar—, constituye el fundamento mismo de la antropología filosófica pascaliana. El ser humano es un todo respecto a la nada, pero es nada en comparación con el todo. Somos el ser donde coinciden los extremos, capaces de lo mejor y lo peor, aptos para la grandeza y para la bajeza moral, un *perpetuum mobile*, al que, sin embargo se le recomendaba permanecer inactivo en su habitación como posible remedio a muchas de sus desgracias.

El autor, que demuestra un hondo conocimiento de las fuentes, así como un tratamiento riguroso de las mismas, pone a Pascal en diálogo con la mitología, literatura y filosofía. El ensayo mide los certeros modelos de la antropología pascaliana con los personajes alumbrados por los grandes dramaturgos de la tragedia griega: Sófocles, Esquilo y Eurípides. Propone una lectura de los profundos significados contenidos en colosales personajes mitológicos —Edipo, Odiseo, Tántalo, Sísifo, entre otros— o de la literatura universal —el jugador, de Dostoievski o Calígula, de Camus—, feraces símbolos de actitudes existenciales que Pascal descubre y disecciona con pulso firme. También nos muestra al genio en apasionante diálogo con ese otro gigante de su tiempo, Descartes, al que le reconoce el poder de la duda, pero del que se aparta en el descubrimiento de la humillante incapacidad de nuestra razón para conocer la verdad, en la concepción problemática de la realidad —horadada por el infinito y vacía-nada como retos para una pretendida consideración científico-matemática—, o en la reivindicación de la importancia de las emociones —y no sólo de la razón—; pues “el corazón tiene razones que la razón no entiende”. Es la razón y su sombra. Pero, junto a esa razón ensombrecida y frágil, hay en la mente humana una prodigiosa apertura hacia el infinito a través de la imaginación que permite a esta miserable criatura abrirse hacia el futuro y proyectarse en ese infinito que le aplasta. Pues el ser humano es un ser

racional y un ser de afectos. Aquí está el espíritu de fineza —intuición de los primeros principios, imaginación, incluso sabiduría en el sentido aristotélico— frente al espíritu geométrico de razón matemática: si las proposiciones o los teoremas las deduce la razón, los principios o los axiomas los siente o intuye el corazón.

Razón mendicante e imaginación sin límites, que constituyen nuestra grandeza y miseria a un tiempo. Condición atormentada del ser humano que le conduce a la diversión —de *divertere*, desviarse, apartarse del camino—, otro tema pascaliano por antonomasia: “No habiendo podido los hombres librarse de la muerte, de la miseria, de la ignorancia, han creído mejor, para ser felices, no pensar en ello”.

Pero no se detiene Flores en este punto oscuro al que nos conduce el pensamiento, sino que avanza hasta la consideración del concepto de apuesta. Se trata, en este ensayo, de un Pascal no visto bajo su cariz cristiano, sino desde la antropología filosófica. Y así, pone en consideración una condición humana que, sin Dios, se ve obligada a vivir en un mundo azaroso que finalmente permanecerá más allá de nuestra finitud.

Pascal, siempre actual, anticipa temas centrales en la filosofía existencialista de la primera mitad del siglo xx, que ya venían pergeñándose en autores del xix como S. Kierkegaard o A. Schopenhauer. Conceptos pascalianos que actúan como verdaderos existenciaros: el divertimento, el azar y el juego, el vacío-nada, el humano-expósito arrojado a un mundo extraño y hostil, la condena de la libertad y la elección, la apuesta, la angustia y el cuidado, en definitiva, el ser-para-la-muerte y el sentimiento trágico de la vida. Se nos presenta así a un Pascal que recupera la tradición del pensamiento trágico, que, en un contexto ya existencialista, otros filósofos mantendrán viva siglos después —Camus o Unamuno, por citar sólo dos casos—.

En definitiva, una lectura original, pues, frente a un Pascal habitualmente estudiado bajo su aspecto histórico, su genio

matemático, o su apología del cristianismo, aquí se aborda su perspicaz visión de un hombre sin Dios.

Para el Pascal previo a la apuesta, como para Camus —otro autor que reflexiona sobre nuestra compleja naturaleza desde una perspectiva trágica y cuya voz se deja escuchar entre líneas en este ensayo— es preferible asumir la desesperación del sinsentido, a elegir “como el asno nutrirse de las rosas de la ilusión”, en referencia a la célebre obra de Lucio Apuleyo. Aceptar que bajo la “bella ilusión apolínea” se oculta un vacío insondable. Porque, como subraya el profesor Flores, la mayor grandeza del ser humano está precisamente en la conciencia de su miseria.

ÁNGEL RAMÍREZ MEDINA

GRANADA, ESPAÑA, FEBRERO DE 2022

Prólogo

La antropología es, por mera definición etimológica, la disciplina encargada de estudiar al Hombre. En ese sentido, se ha constituido sirviéndose de otras doctrinas, tales como la biología, etnografía, anatomía y un largo etcétera que, en resumen, permiten que la antropología se mueva en tres áreas específicas: lo social, físico y cultural. No obstante, así nos movamos en cualquiera de estos campos de estudio, el Hombre sólo se ha abordado desde sus aspectos biológicos y culturales, por ello surge la pregunta: ¿en verdad estos aspectos agotan al Hombre?

Nietzsche señaló que el Hombre es un animal no definido, un ser incierto, no explicable como un animal, él no se agota en lo instintivo ni mucho menos como mera criatura incapaz de sentido, duda y reflexión. Ante tal evidencia, el Hombre se manifiesta como un problema para sí mismo y surge en él la necesidad de pensarse más allá de lo biológico y cultural, aún a expensas de que sea, al mismo tiempo, sujeto y objeto de estudio. En otras palabras, el Hombre busca entenderse a sí mismo y, al hacerlo, se establece como problema y se percata de que sus propias creaciones le hacen de manifiesto constante que no sabe lo que es. Así, con la revolución copernicana, no es centro de su universo; con la revolución darwiniana, tampoco es soberano del mundo ni creación predilecta, sino producto de una ciega evolución que no comprende del todo; con la revolución freudiana, no es ni dueño de sí mismo, pueden más los deseos e impulsos que no concientiza; con la revolución sociológica, operada por Marx, no es dueño de su historia, sino un producto más de ella; finalmente, con la revolución semiológica, ya no comprende su realidad, sino que sólo genera símbolos como la sociedad, la cultura, el poder y todo aquello que hace del Hombre un símbolo más.

Ante tales ofensas, surge la imperiosa necesidad de una, disciplina que brinde claridad alrededor del Hombre, cómo es y cómo se concibe a sí mismo ya no como mero sujeto orgánico, biológico, histórico, social y cultural, sino también como poseedor de un ser que determina su visión de las cosas. En pocas palabras, se hace necesaria una antropología filosófica.

Ahora bien, un autor parece dar pautas para clarificar qué es el Hombre en un sentido más amplio y filosófico: Blaise Pascal, quien por ventura o desventura, ha sido estudiado desde su aspecto histórico, genio matemático o apología al cristianismo, poco o nada se ha analizado su definición sobre lo que es el Hombre sin Dios y, por ello, aquí nos embarcamos en esa tarea, con la intención de hacer ver que, más allá, o quizás de manera más correcta, más acá de su perspectiva religiosa, Pascal es un pensador profundo y actual, si bien no es forja un sistema, sí establece una condición humana contradictoria y ambivalente que se fundamenta en la evidencia de dos infinitos. Además de que hoy, en una sociedad que se preocupa por lucir bien en sus redes sociales, asistir a los eventos de moda y seguir consumiéndose como sociedad del espectáculo, los conceptos de divertimento y vanidad de Blaise Pascal tienen mucho que decirnos para comprender mejor nuestros abismos, temas pascalianos también, los límites de la razón y el desamparo del Hombre sin Dios que, tan débil es, muere por un virus infinitamente pequeño que no somos capaces de ver y menos de erradicar con satisfacción.

Ante estos argumentos, hoy es necesario repensar al muerto joven, al geómetra quebrantado para quien no sólo vale pensar nuestra condición en abstracto, sino en concreto como ser histórico acomplexado por su cotidianidad que le contagia de desconcierto e inseguridad.

Antes de pasar a la lectura, cabe señalar que la citación de la obra de Blaise Pascal sigue tradicionalmente el formato

siguiente: “PE, 206 El silencio de los espacios infinitos me aterra”, que corresponde a la obra *Pensamientos*, numerado con el 206 en la edición que se utilice. Esta numeración tiene una larga historia, Pascal escribió su apología en un estado de salud deplorable, las jaquecas, los vómitos y los mareos no le permitían mantenerse en pie, reflexionar ni escribir de manera constante, motivo por el cual optó por realizar un gesto usado en su época, redactar las ideas en pequeños trozos de papel que luego tejía en su solapa y llevaba siempre consigo. Cuando la muerte alcanzó al joven Blaise, su hermana Gilberte y el marido de ésta, Florin Périer, decidieron publicar dos textos inéditos del difunto: *El equilibrio de los líquidos* y *Sobre el peso del aire*, pero en el caso de las notas, más bien legajos para la apología de la religión cristiana, se generaron ciertas complicaciones. Había fragmentos extensos, incluso titulados, otros cortos, unos y otros escritos en sentido vertical u horizontal de manera indistinta. Por ello, su sobrino Etienne Périer realizó copias de los manuscritos tal cual se encontraron y como los había dejado Pascal. Estas copias son la base para las ediciones críticas de los *Pensamientos*, que corren a cargo de Lafuma, H. Le Guern y P. H. Sellier, ellos han numerado los fragmentos para agruparlos en temas como orden, vanidad, miseria, entre otros. Estos temas dan lugar a los papeles clasificados y sugieren el título y orden dados por el mismo Pascal, contienen 382 fragmentos, agrupados en 27 unidades o series que se agrupan en los temas antes señalados. No obstante, hay papeles no clasificados que contienen 34 series sin títulos. Las numeraciones, sobra decirlo, corresponden al número de papel o legajo.

Aquí haremos lo mismo que han hecho esas colecciones, utilizando la edición más reciente y completa de los legajos de Pascal que se edita como *Pensamientos*, de la Biblioteca Grandes Pensadores de la Editorial Gredos. La traducción está basada en la edición de Lafuma de las *Ouvres Complètes* de Pascal

en dos volúmenes, de 1963, que vale señalar, es la menos manipulada a favor de la religión cristiana. En cuanto al resto de la obra consultada de Pascal, la misma colección Grandes Pensadores de la Editorial Gredos tiene el volumen dos en el que sólo falta incluir algún *Opúsculo* que algunos consideran dudoso y *Conversación con el Sr. De Saci*, usamos para ello otras ediciones que no citamos, pero resultan relevantes para entender de mejor manera la postura de Pascal y su antropología filosófica. Para referirnos a los *Pensamientos* seguimos el modelo tradicional abreviado PE y PTV para el prefacio sobre el *Tratado del Vacío*, este se encuentra en el volumen dos de las obras de Pascal de la Biblioteca Gredos. Al final del trabajo se encuentran todos los textos con su referencia completa.

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido;
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte

SONETO A CRISTO CRUCIFICADO
(atribuido a diversos autores)

|

En algún punto de su existencia, todo Hombre requiere saber el qué o por qué de su condición, ya sea por el asombro de sus dudas que necesariamente desembocan en la imperiosa necesidad (o necesidad) de asirse a algo, de saberse sostenido por lo que sea y no ser asfixiado por el vacío, por el insondable agotamiento de su utilidad, o bien, ya sea por un simple ejercicio de saberse algo y no nada. De hecho, toda la historia de la filosofía, al menos la de carácter tradicional, puede ser leída bajo esa condición: una serie de sujetos temerosos a la nada busca asidero ante su falta de fundamento y forja la cofradía de las ilusiones del ser, la esencia, Dios, la sustancia, etcétera. Así, observamos a los presocráticos enfrentados a la primera pregunta ¿qué es lo que me rodea? La respuesta es la *physis*, todo aquello que es y se manifiesta pero, ¿cuál es su fundamento?

Parménides de Elea y sus altos vuelos alrededor del ser que permanece, siempre desprendido de una realidad cambiante y material cuyo tiempo deviene y hace que todo perezca, hace manifiesto que no todo es siempre, sino que en algún punto, no es. Percibimos en de Elea la necesidad de ser siempre, no perecer, no quedarse sin ser. Por otro lado, Heráclito, el primer gran filósofo que parece aceptar el cambio a grado tal de hacer manifiesta la muerte, hace ver las mutaciones como lo que permanece, y así, lo que nos fundamenta y sostiene es precisamente el cambio. Con Heráclito la vida es un ciclo que se compone del

nacer de uno que significa la muerte de otro, generando así un constante fluir y un eterno devenir. Heráclito se enfrenta al no-ser, pero hace del paso del ser al no-ser, al menos en su carácter material, el subterfugio que nos fundamenta para no quedar suspendidos y sin sentido ante la nada. En la posteridad griega, más allá de los presocráticos y el alba del pensamiento filosófico, Sócrates pone a consideración un tema central del quehacer reflexivo: el Hombre.

Con Sócrates, en consonancia con los sofistas, el problema no es la búsqueda del origen del todo, el fundamento ya no es algo extremadamente extrínseco y absoluto que habite fuera del sujeto, sino en su interioridad que, replegada a la *polis* para su correcto desenvolvimiento, se enfrenta a leyes, costumbres y normas que lo fundamentan, pero ¿qué las fundamenta a ellas? Las dudas socráticas y sofisticas en torno al fundamento ya no de la *physis*, sino de la *polis*, trastocan otro mundo, ya no el material, sino aquel donde habitan las leyes que suponen convenir, dar pautas morales y virtudes al Hombre. De esta suerte, la pregunta ronda más de cerca al Hombre mismo, será el discípulo menos socrático de Sócrates quien ahondará en el fundamento rebuscado.

Platón y su mundo de ideas, Platón y sus dualismos, Platón y su idealismo. El aristócrata ateniense, atendiendo a las dudas de su maestro y también a los llamados presocráticos, formula frente al mundo físico y material de los filósofos de la *physis*, al mundo político de Sócrates y los sofistas, un mundo conceptual, un mundo de ideas que permanece y es siempre, constituyendo así un fundamento inamovible, inmutable y permanente. Este mundo ideal sostiene, funda y da lugar al mundo que vemos, por mera consecuencia, todo cobra sentido, incluyendo al hombre mismo, mediante un mundo que no se ve, sino que se piensa, un mundo que no se experimenta, sino que se constituye mediante el ejercicio dialéctico o dialógico y

por medio del logos. Ahí, en ese sitio que es, pero más allá de lo que somos, habita la verdad siempre constante, sonante y permanente. Platón ha brindado un fundamento intangible, el asidero del ser humano se ha constituido metafísico, con ciertas características claras: universal, inmutable, permanente y más allá de lo sensible.

El cristianismo se regocija con Platón y genera un esquema con un Dios tripartito generador de todo, alfa y omega que por su bondad absoluta se encarnó en el hijo y murió por nosotros, mientras que su paraíso perdido por Adán y Eva es como el mundo de las ideas, sólo que a diferencia del ateniense, el cristianismo nos permite volver a él por gracia de Dios al apegarse a las enseñanzas de Cristo. Lo que esto implica es precisamente el fundamento de todo porque, habiendo un Dios origen, motivo y meta, el Hombre se entiende sostenido, su saber fundamentado y su existencia con asidero, incluso el mal y lo que no es, se manifiesta como lo que contraviene a Dios mismo.

Pero llegó Galileo y posteriormente Descartes. Estos espíritus modernos provocaron heridas que aún hoy no cicatrizan del todo. El astrónomo nos quitó del centro, nos arrebató el lugar predilecto del cosmos para hacernos ver como un punto más en el vasto infinito. Por otro lado, René Descartes toma consciencia de ello y posa toda esperanza en una razón mecánica que duda de todo a excepción de sí misma, mantiene un mundo mecanizado que, como *res extensa*,¹ sostiene un ser-consciencia capaz de descifrar sus misterios vía la razón. El mundo es así una *mathesis universalis*.² Con ello, el Hombre no

¹ Todo aquello que posee extensión y por tanto un cuerpo material.

² El concepto se traduce como aprendizaje universal, una ciencia general que explica todo lo que es posible explicar concerniente al orden y a la medida, sin que se asigne a ninguna materia particular, sino a todas las existentes. Sugiere pues, la universalidad de la ciencia y el método científico.

es más que consciencia y cuerpo, *res cogitans*³ y *res extensa*, mediante el uso de la primera, el Hombre encuentra el fundamento de todo, a sí mismo se le hace manifiesta una corporalidad que, matematizada, o más bien mecanizada, nos transforma en máquinas, pero con consciencia.

En ese orden de ideas, el Hombre es una máquina pensante que, desde su razón, interpreta, conoce y fundamenta el mundo. Lejos queda el ser, las esencias y toda ultramundinidad que no sea posible mostrar con claridad, así, la verdad es ahora una certeza y la consciencia, la razón, el móvil de la totalidad, el agente que mediante un método ve nacer una ciencia que todo lo explica y domina. Descartes origina una ciencia moderna posada sobre un yo racional sin más límite que el mundo, la razón es el punto de partida para constituir el cosmos y a uno mismo, por y para su uso, el yo es una *res cogitans*, una sustancia pensante que origina sentido y brinda certezas mediante evidencias, pero hay un gran problema y el mismo padre del Racionalismo lo enuncia al final de sus *Meditaciones Metafísicas*: por más que la razón clarifique todo, que las evidencias se hagan manifiestas al espíritu por la recta luz de la razón y, con el tiempo genere ciencias diversas que expliquen la mayoría de cosas, la duda, la naturaleza del hombre, jamás podrán ser acalladas, porque la duda es una espora que se dispersa y sobrevive aún en condiciones adversas, se reproduce en el mismo interior del yo y, una vez que se manifiesta, no deja viva ninguna cabeza.

II

Pascal murió el 19 de agosto de 1662 a la una de la madrugada, Racine escribe que “murió de vejez a los 39 años”. Su sobrina, Marguerite Pèrier, dice al respecto:

³ Todo aquello que posee pensamiento, literalmente la cosa pensante.

Tras la muerte de M. Pascal, una vez que fue abierto, se encontraron el estómago y el hígado putrefactos y los intestinos gangrenados, sin que fuera posible saber con exactitud si esto había sido la causa de los dolores de cólico o bien el efecto de ellos. Pero lo más peculiar se produjo en el momento de la apertura de la cabeza, cuyo cráneo resultó no tener otra sutura que la lamboidea, lo que aparentemente había sido la causa de los grandes dolores de cabeza a los que se viera sometido durante su vida. Es cierto que había poseído antaño la llamada sutura frontal: pero como quiera que ésta permaneció abierta mucho tiempo durante su infancia, como suele acontecer en esta edad, al no poder volver a cerrarse se había formado un callo que la había recubierto por completo y que era tan considerable que podía fácilmente percibirse al tacto. En lo que a la sutura coronaria se refiere no tenía el menor rastro de ella. Los médicos observaron que se encerraba en él una prodigiosa abundancia de cerebro cuya sustancia era tan sólida y condensada que ello les hizo juzgar que esta era la razón por la cual, al no poder cerrarse la sutura frontal, la naturaleza se había ocupado de ello mediante ese callo. Pero lo más notable que observaron, y a lo cual se atribuyeron en concreto su muerte y los últimos accidentes que lo acompañaron, fue que había en el interior del cráneo, frente a los ventrículos del cerebro, dos impresiones, como de dedo sobre la cera, que estaban llenas de una sangre coagulada y pútrida que había comenzado a gangrenar la duramadre (Albiac, 1981, p. 11).

Una abertura en el cerebro que, por no cerrarse, generó un callo en la cabeza de Blaise Pascal. La imagen parece alegoría: un cerebro hendido, incapaz de cerrarse, abierto a las inconstantes dudas, incapaz de tender puentes entre sujeto-objeto, objeto-certeza, hombre-fundamento, opta por generar una sustancia ajena a su propia formación, una callosidad que,

a la larga, asesina a su portador. El autor de los *Pensamientos* formuló, luego de desentenderse de la razón geométrica y hartarse del mundo buscando refugio en la abadía retirada y solitaria de Port-Royal, una apología del cristianismo basada en dos consideraciones: primero, mostrar qué es el Hombre sin la gracia de Dios, y segundo, hacer valer por ello la necesidad de dicha gracia. Aquí surgen una serie de preguntas, según la biografía de Pascal escrita por su propia hermana, Blaise descubrió por sí solo y con apenas once o doce años las treinta y dos proposiciones matemáticas del primer libro de Euclides, asimismo y ya con más años y una madurez intelectual digna de su prodigiosa infancia, construyó su máquina aritmética, comprobó la existencia del vacío y se codeó con los grandes científicos y matemáticos de su tiempo, incluyendo al mismísimo Descartes, ¿por qué optó por creer en Dios a grado tal de realizar una apología de su religión?, ¿qué llevó a Blaise Pascal a abandonar la razón para apostar por la fe?, ¿hay realmente en Pascal una apuesta por la fe?

Líneas atrás se señala que la historia de la filosofía puede leerse como la historia de un puñado de dudas, pero más allá de enunciar esta verdad de Perogrullo, vale decir que éstas giran alrededor del Hombre. Igual se enfatizó que con Descartes la razón y el método dan lugar a una ciencia que por fin pareciera no dar más lugar a carencias cognitivas, pero apareció Pascal, haciendo ver que la razón moderna posee límites, es insuficiente y así, el Hombre moderno, como el griego o el cristiano, tampoco posee fundamento. Con Pascal asistimos al abismo filosófico más radical en torno al Hombre: se sabe inseguro en todo aspecto, sin asidero, carente de sentido, pensante, pero hueco de uno a otro extremo. Hay así un salto importante, si en Descartes se hizo patente la inseguridad del saber humano, en Pascal se hace más que notable la inseguridad de la vida humana en general.

Pascal alcanza conclusiones para comprender mejor lo que se es y, a pesar de que pareciera que lo vertido hasta aquí conduce a un pesimismo a ultranza que nulifica, con Pascal hay un prominente desarrollo alrededor de lo que es el Hombre. En otras palabras y para brindar una mayor claridad, Pascal desarrolla una antropología filosófica consistente en mostrar qué es el Hombre sin Dios, centrándose en algunos aspectos relevantes no sólo para su reflexión, sino para la historia de la filosofía en general, tales como el mundo, los afectos, el corazón, la vida y la muerte. Si bien el autor del *Tratado del vacío* se apega a una ciencia moderna y a su método experimental, entiende que la naturaleza no se apega a leyes universales y necesarias, sino más bien a fenómenos fluctuantes donde no es posible hablar de certezas, sino de lo verosímil, de lo probable, cuya característica primordial es la contingencia. Ante tales hechos, Pascal concibe al Hombre de la misma manera: es un ser contingente que posee una razón insuficiente que, ya frente a la subjetividad, no puede operar nada para alcanzar o descubrir razones de cosas ocultas, porque hablamos del sentido de la existencia que experimenta dolor espiritual, temor existencial y una vida contingente padeciendo el mundo, afectándose por el caos de su entorno, naciendo para morir.

Ahora bien, cabe señalar que todos y cada uno de los rubros que constituyen la antropología filosófica del autor de *Las provinciales* hacen ver que la ciencia moderna, la razón cartesiana, objetiva y maquiniza el mundo, reduciéndolo a pura certeza que se ve, se experimenta y se comprueba; no obstante, Pascal supone que no todo se reduce a la razón, de ahí lo siguiente: “208-78 Descartes: inútil e inseguro” (PE 208) (Pascal, 2014a, p. 305). Pascal entiende que la razón cartesiana no puede demostrarlo todo, y si bien los estudios clásicos más citados alrededor de Pascal hacen énfasis en la callosidad pascaliana, el parche entre el abismo de sus dudas, es decir, Dios, aquí vamos a centrarnos en

la parte más filosófica, aquella que hace manifiesto el puesto, significado y sentido del Hombre sin Dios que, osado en su razón, no alcanza un saber sólido alrededor de las cosas, sino más bien un estatus contradictorio.

En ese sentido, Pascal, primer antimoderno, hace válida la crisis de la razón en tanto que señala cómo el dualismo cartesiano pone en consideración un Dios supremo y un mundo-máquina, así como la clara escisión entre idealismo y materialismo, porque una *res cogitans* piensa e interpreta a una *res extensa* que por sí misma es un misterio, mientras que la propia *res cogitans* se devora a sí misma, y justo eso hace patente Pascal, una razón insuficiente que se destruye a sí misma. La razón no alcanza, las prácticas metódicas y científicas poseen un tremendo vacío de fundamentación porque la universalidad del saber racional que pretende Descartes se nulifica porque la *res extensa* no es comfortable, sino caótica, muda, cambia y no permite la unidad de las ciencias en torno a la matemática y, más bien, cuando el Hombre se descubre a sí mismo delimitando tiempo y espacio con orden y medida, se encierra en su mente y ahí, no encuentra sentido, se sabe *res cogitans* escindida de la *res extensa*.

El Hombre encerrado en sí mismo, ajeno a un mundo que ilusoriamente ha ordenado, pero se sigue resistiendo a aceptarle y responder sus dudas, es ya un sujeto pensante, abismado y, sí la intención cartesiana supuso casar al Hombre con el mundo para unificarlos por medio del saber metódico y matemático, Pascal entenderá que lo único claro fue la escisión, así como el arrojó radical a una consciencia que si bien ordena el mundo, es carcomida por sus dudas en torno a su propio fundamento. La antropología filosófica emerge precisamente de mostrar, argumentar y hacer manifiesto el vacío de sentido, la miseria del Hombre tal y como se hará manifiesto a lo largo de estas páginas y, como se anunció antes, según los diferentes temas de mundo, afectos, corazón, vida y muerte.

Uno de los conceptos centrales de Pascal, indispensable para poder comprender su pensamiento, es el vacío, porque es, más allá de un gran descubrimiento o aporte del autor de *Las Provinciales* a la ciencia en general, fundamento de la visión del mundo, los afectos, el corazón y, básicamente, de lo que es el Hombre para Pascal. Si hoy en día pensamos el vacío como un concepto cercano que, si no es de uso cotidiano, al menos no representa ningún problema de comprensión; en los tiempos de Pascal, el vacío implicaba un tema difícil de abordar y en extremo controvertido, baste recordar el concepto de *horror vacui* (horror al vacío), que significa la aceptación del principio aristotélico de que la naturaleza aborrece la nada porque aceptarla significa reconocer la insuficiencia del ser, que en determinado punto aquello que es, deja de ser y se admite así la carencia de todo, la posibilidad de que lo des-habitado, lo vacuo, se haga manifiesto.

Enfrentarse a ello implica explorar la propia condición finita que nos aqueja, sabernos seres temporales cuya fugacidad se revela al ser conscientes de que nos movemos temporalmente y cambiamos con ello no sólo de lugar, sino de ánimo, edad y condición. En otras palabras, al saberse un móvil en el espacio que se reconoce capaz de llenarse porque es vacío, significa también saberse ser fugaz, finito y mortal. Aquí vale la pena subrayar otra cosa, concientizar y reconocer la existencia del vacío es la salida de un estatus de tranquilidad que nos suponía habitar un espacio sin huecos, mecanizado y ordenado, explicado o al

menos explicable que se difumina ante el vacío porque ahora concebimos lo des-habitado, el hueco entre los seres y la distancia entre las cosas y el Hombre que ya no encuentra relación con un mundo caótico, porque hay una des-familiarización entre sí y su entorno.

Se genera un extrañamiento hacia el mundo que ahora es ajeno y así, el Hombre sale de su actitud de comodidad y da lugar a la duda, pregunta por sí mismo y su relación con el cosmos, da paso al pensamiento. Queremos decir que el vacío da apertura al pensar, allanamiento al Hombre que se inquieta al verse aquejado por los huecos entre su existencia, la de sus semejantes y todo su entorno, porque hay sitios deshabitados, Dios no está en todas partes, hay huecos que la razón y sus explicaciones lógicas que calman el espíritu no llenan.

Históricamente y de esta manera, el vacío que es considerado inexistente, una afrenta a la razón que supone la existencia del no-ser, de la nada, muestra que Dios no está en todo sitio, el ser no es siempre. Por ello, cuando Anaxágoras habla de unas “semillas” que dan lugar a todo lo que existe, y luego Leucipo y Demócrito hablan de átomos que chocan entre sí en el espacio precisamente porque hay vacío, Aristóteles rechaza esta idea y afirma que el aire lo llena todo y lo vacío no existe, el espacio está lleno de algo, aunque nosotros no lo veamos. El estagirita se transforma en autoridad irrevocable en la Edad Media que también rechaza el vacío ya que Dios es omnipresente y omnisciente, jamás ausente, está en todo y es Todo, el vacío genera horror porque es algo inexistente en la configuración del cosmos y da lugar al *horror vacui*. Pero Pascal combatió y derrotó tal horror haciendo ver que el movimiento es imposible sin espacio vacío que permita a las partículas moverse, el vacío existe y posibilita las cosas y la cinética, el movimiento, además de hacer manifiesto que hay ciertas leyes en la naturaleza que fluctúan dependiendo el lugar donde se encuentren, la presión

atmosférica, el peso, etcétera. Pascal muestra entonces la necesidad del vacío que da lugar a la ciencia del movimiento, la cinética, así como a la prensa hidráulica, pero en el terreno de la filosofía dio lugar a la carencia de leyes universales capaces de explicar de manera definitiva al Hombre mismo, no hay ni una razón absoluta ni una *mathesis universalis* ni un método científico universal que dé cuenta de lo que es el Hombre, éste se mueve en el vacío y ello implica ya reconocer que está inmerso en una naturaleza cambiante, divisible e infinita. En ese sentido, el Hombre sólo aspira a habitar desde su finitud la infinitud, moviéndose en el vacío, incluso muchas veces, dejándose devorar por él o, en su defecto, llenándolo con ilusiones vanas que tarde o temprano se difuminan y le hacen ver al hombre ese vacío que le horroriza. En ese sentido, el vacío es el fundamento de la antropología filosófica porque supone un espacio que no contiene materia, un sitio hueco en el cual confluyen partículas que se mueven precisamente porque existe un espacio no lleno.

Ahora bien, Pascal comprobó la existencia del vacío pidiendo a su cuñado ascender kilómetro y medio sobre el nivel del mar, a las montañas de Puy-de-Dôme en Auvernia con dos barómetros de mercurio. De esta suerte, Pascal percibió que el nivel de mercurio descendió y ello permitió demostrar que el peso de la atmósfera a mayor altitud era menor que a nivel del mar, por mera consecuencia, la altura de la atmósfera es de carácter finito y, a la inversa, por encima de ella, hay un espacio hueco o, mejor dicho, vacío. No hay, como señalan las autoridades científicas de la época de Blaise Pascal, un éter, un espacio lleno de aire, sino un espacio sin materia que el ojo humano no puede ver y mucho menos concebir sin horror porque ello significaba el derrumbe de un Dios todopoderoso y omnipresente que ordena divinamente las cosas o, peor aún, la insuficiencia propiamente humana para encontrar verdades absolutas y definitivas sobre las cosas y sobre sí mismo.

Bajo tales consideraciones, el vacío demostrado por Pascal opera como aliciente para preguntar por lo que el Hombre mismo es, ya que se concibe ahora como ser en duda, ajeno a una naturaleza que ya no está explicitada por un Dios ni por una razón omniabarcantes, sino más bien sumergida en la sospecha, reconocida como lo incalculable y dando lugar a cuestionar la propia existencia. El vacío es principio de reflexión para Pascal, invitación a pensar la propia condición y establecer desde su demostración una antropología filosófica que concibe la desproporción del Hombre mismo en tanto aplastado por el infinito vacío que lo abarca y la posibilidad de pensarse a sí mismo y a su entorno. En otras palabras, Pascal concibe desde el vacío, la imagen de un Hombre que resulta insignificante a los ojos o evidencia de la vastedad del cosmos, pero capaz de saberse ser pensante.

Aparece así la imagen de Odiseo, conocido en la tradición latina como Ulises, es el rey de Ítaca que se embarcó a Ilión y, con su ingenio, produjo el caballo que significó la victoria para los aqueos sobre los troyanos. Odiseo vivió su propia travesía, que nos narra Homero en su *Odisea*, pero a los ojos de Dante y su *Divina Comedia*, Odiseo yace en el infierno y cuenta su incapacidad por permanecer quieto, haciendo manifiesto que posee un vacío que supuso llenaría al lado de Circe y su inmortalidad, pero no fue así y optó por llegar a su patria al lado de Penélope y Telémaco, su esposa e hijo respectivamente. Ahí también supuso llenaría su vacío, pero al pasar del tiempo el inquieto Odiseo tomó sus naves y se embarcó a los confines del mundo para nunca más volver y morir con la sed de aventuras, con la inquietud que lo arrojó al mar tratando de llenar un vacío que jamás fue colmado.

Odiseo es la imagen del Hombre y su vacío, capaz de aventurarse a llenarlo generando ingeniosas tretas o ideas que le permiten salir victorioso de sus dificultades, ya sea cegando

cíclopes, ignorando sirenas o despreciando hechiceras, pero desde otra perspectiva, incapaz de quedarse quieto y así, condenado a perderse entre los mares porque simplemente no es capaz de llenar su vacío. Hay en Odiseo una imagen bifronte: por un lado, el vacío que impulsa, que origina la necesidad de llenarse, pero por su propia condición abismal, como señalara Nietzsche, capaz de devorarlo; por otro lado, el ingenio creador, la inteligencia inyectiva devenida de la necesidad de llenar el vacío.

De esta manera, aparece otra imagen, Dédalo, ateniense prototipo del artista universal que construyó estatuas vivientes, alas de cera, disfraces de toro y laberintos intrincados, posee una capacidad reflexiva digna de los mitos. Desde esa condición, se cuenta que fue él quien, desde su ingenio y astucia, sugirió a Ariadna usar un ovillo para salir del laberinto de su propia creación y matar así al minotauro. Minos, rey de Creta, al enterarse de su ardid, lo encarceló junto a su hijo Ícaro en la propia construcción del ingenioso arquitecto, el laberinto, pero Dédalo construyó unas alas de cera para ambos y huyó de ahí volando, a sabiendas de que el espacio era infinito y no podría ser retenido por sus propias creaciones sino, antes bien, capaz de moverse en el vacío que, si es cierto que todo lo abarca y asfixia la existencia del Hombre, también posibilita el movimiento y la creación, así como la reflexión y el pensamiento.

Dédalo es la encarnación mítica de las posibilidades abiertas por el vacío: el pensamiento y la creación. No obstante, y como también lo percibe Pascal, dichas creaciones se tornan innumerables veces en contra del Hombre, ya sea por la vanidad que supone confiar ciegamente en que mediante las creaciones derivadas de la razón se obtiene el dominio de la naturaleza y la verdad absoluta, ya por la propia pequeñez humana que se ve sometida por el inefable cosmos. Esto se hace manifiesto al ver que las creaciones de Dédalo trajeron más miseria que beneficios, como es el caso de la vaca de madera que Pasifae, esposa

de Minos, usó para copular con el toro blanco que Poseidón regaló al rey de Creta, concibiendo así al minotauro, monstruo con cabeza de toro y cuerpo de hombre que llevaba por nombre Asterión, a quien le sacrificaban siete jóvenes y otras tantas doncellas para calmar su furia animal. El laberinto mismo que aprisionaba al toro-hombre fue también construcción de Dédalo y provocó la muerte de los sacrificados, así como la desventura de Ariadna, la hija de Minos que, enamorada de un joven destinado al sacrificio de nombre Teseo, le ayudó a matar a la criatura y salir del laberinto para huir. Qué decir de las alas de Dédalo que en manos de su hijo Ícaro volaron demasiado cerca del sol y se derritieron, ocasionando la caída en picada del joven hacia una muerte segura.

Así, toda creación humana resulta efímera y, en un uso no pensado o más bien exacerbado, contraproducente. Por tanto, el vacío es activación humana, significa pensamiento y creación devenidas precisamente de él, y como en Odiseo, origina movimiento en el Hombre como ser inmerso en la naturaleza o, más cerca de Dédalo, como creador. De ambas formas, se instala el vacío como motor de un sujeto pensante que se cuestiona a sí mismo y da lugar a una antropología filosófica.

La base de la antropología filosófica, su arranque o punto de origen, implica distinguir las estructuras del Hombre y las disposiciones naturales dadas para que sea capaz de hacerse a sí mismo. La primera gran estructura que hace posible ser Hombre es el mundo mismo, luego entonces vale subrayar que no está accidentalmente en el mundo, lo habita y se constituye a sí mismo por ese habitar, ya que configura su visión de las cosas por el mero hecho de estar junto a las cosas y no ser ellas. En otras palabras, forja su visión del mundo habitando el mundo mismo, lo importante aquí es que toda comprensión del mundo y de uno mismo, parte de experimentar-habitar el mundo, esto revela que el Hombre está irremisiblemente arrojado al mundo, es un ser mundano.

Pascal percibe y define el mundo como naturaleza fluctuante que no obedece a las leyes naturales y necesarias. La naturaleza, el mundo para Pascal es un misterio que, según experimentamos y envejecemos con él, iremos descubriendo de a poco, así nos dice Pascal en su *Prefacio para un tratado del vacío*:

Los secretos de la naturaleza están ocultos; aunque ésta siempre actúe no descubrimos siempre sus efectos: el tiempo los revela de época en época y, aunque siempre igual a sí misma, no es siempre igualmente conocida. Las experiencias que nos dan su conocimiento se multiplican continuamente; y como son los únicos principios de la física, las consecuencias se multiplican

en proporción [...] Las colmenas de las abejas estaban tan bien medidas hace mil años como hoy día y cada una de ellas forma un hexágono tan exactamente la primera como la última vez. Lo mismo sucede con todo lo que los animales producen con este impulso oculto. La naturaleza les instruye a medida que la necesidad les apremia; pero esta ciencia débil se pierde con las necesidades que de ella tienen: como la reciben sin estudio no tienen la suerte de conservarla; y cada vez que les es dada es nueva para ellos, puesto que la naturaleza, al no tener más objeto que mantener a los animales en un orden de perfección limitada, les inspira esa ciencia necesaria siempre igual para que no caigan en la decadencia, y no permite que la aumenten para que no traspasen los límites que les ha fijado. No sucede lo mismo con el hombre, que ha sido creado para el infinito (PTV 410-411) (Pascal, 2014b, pp. 410-411).

La naturaleza, el mundo, devela sus razones al Hombre, pero de manera paulatina y por generación, jamás de golpe y de una vez por todas, por ello no hay sol, luz natural o razón ilustrada suficiente que justifique el puesto del Hombre en el cosmos; más bien, el Hombre es en el mundo desde la ignorancia de sí mismo y de su propio contexto. El universo es contingente, por ello el Hombre lo habita lleno de incertidumbre, y en ese sentido, el conocimiento humano es pura conjetura, un barrunto que accede de manera aparente a las cosas y, si bien el Hombre es un ser cuya dignidad radica en el hecho de pretender conocer la verdad de las cosas, ello no origina más que una tragedia: no es capaz de conseguirla, morirá en la incertidumbre, anhelando algo que jamás podrá poseer, erigiéndose como Tántalo.

Este personaje mitológico, hijo de Zeus y Pluto, robó néctar y ambrosía a los dioses para darlo a sus amigos, no conforme con ello, divulgó los secretos de los dioses, enunciando que el sol no es ninguna divinidad, sino una masa ígnea, pero

lo más grave a los ojos de los olímpicos, invitó a los dioses a un banquete a su palacio y les ofreció las carnes troceadas y asadas de su propia estirpe, Tántalo alimentó a los dioses con la carne de su hijo Pélope. Por ello, Tántalo fue condenado al Tártaro y ahí, en lo más profundo del hades, sufre por y para siempre hambre y sed, encadenado a árboles frutales junto a un río, pero al momento en que estira sus extremidades para asir el alimento, los árboles crecen lejos de él, y al tratar de saciar su sed, el río desaparece. El Hombre, como Tántalo, busca saciar su hambre de razones, de sentido, pero el universo no le dará ninguna respuesta clara, certera y evidente, está así trágicamente condenado a anhelar algo que no puede poseer.

Desde aquí y considerando lo señalado líneas arriba, Pascal entendería al Hombre como ser de ignorancia, porque si bien el mundo es mero conglomerado de cosas o fenómenos fluctuantes, es también contexto y texto, en el sentido de que nos constituye. El contexto es el tejido, el encadenamiento o unión entre dos elementos, en ese sentido el Hombre se une con el mundo, se encadena a él para ser, pero al pedirle respuestas, este no las da. Ahora bien, ese encadenamiento implica constitución, en tanto que al entrelazar hombre-mundo, el primero se relaciona con el segundo y se llena de contenido para luego originar saberes volcados en conceptos y dar lugar a un mundo propio y ya no ajeno; sin embargo, el mundo que encuentra Pascal ha sido, como se señaló antes, escindido en sustancia material, ya no hay tejido, él es un libro matemático que debe ser interpretado, ya no constituido por un sujeto, ni tampoco capaz de constituir al Hombre. La relación hombre-mundo cobra, en Pascal, un claro sentido: manifiesta la ignorancia, la falta, el vacío y la miseria del Hombre. Por ello leemos en los *Pensamientos*:

198-639 Viendo la ceguera y la miseria de los hombres, contemplando todo el universo mudo, y al hombre sin luz, abandonado a sí mismo, como perdido en este rincón del universo, sin saber quién le ha puesto en él, lo que ha venido a hacer, lo que será de él al morir, incapaz de cualquier conocimiento, me lleno de espanto, como un hombre al que hubiesen llevado dormido a una isla desierta y terrible y que se despertase sin conocer y sin medios para salir de ella. Y después de esto me admiro de que no nos desesperemos de tan miserable estado. Veo a otras personas cerca de mí, de una naturaleza semejante a la mía. Les pregunto si saben más que yo. Me contestan que no y dicho esto esos desgraciados extraviados, habiendo mirado a su alrededor y habiendo visto algunos objetos agradables, se han entregado y se han apegado a ellos. [...] Todo el mundo visible no es más que un trazo imperceptible en el amplio seno de la naturaleza. Ninguna idea se le aproxima, es inútil que incrementemos nuestras concepciones más allá de los espacios imaginables, sólo engendraremos átomos en comparación con la realidad de las cosas (PE 198) (Pascal, 2014a, pp. 84-85).

El mundo es un infinito y la mirada del Hombre pura finitud. Esta antítesis trae consigo una visión del Hombre dolorosa: posee un pensamiento romo, incapaz de profundizar sin temor ni espanto el infinito que le rodea, lo que le conduce a reconocer que simplemente nada puede sin un amparo divino. Así, en Pascal se devela un tema fundamental que el autor retoma precisamente de la Biblia, específicamente del Libro del Eclesiastés, que nos narra la vacuidad de la vida en todos sus aspectos si no hay un Dios que nos auxilie. Básicamente el Eclesiastés y Pascal nos hacen ver que el Hombre posee consciencia de su vacuidad, pero mediante ilusiones constituye el mundo, de esta manera, Pascal entiende que ese horizonte vasto que es el mundo mismo, que no está más en el centro y además es inabarcable para

las pocas luces de la razón humana, rompe cualquier limitación y hace manifiesto que el Hombre está arrojado a un entorno que puede constituir desde su pensamiento, desde su razón, pero ¿qué es la razón y el pensamiento? Mera imaginación, vuelos y divagaciones que originan el universo simbólico que suponemos objetivo para poder hallar sitio en el mundo mismo a costa de acallar una consciencia que nos sabe miserables.

De esta forma, se asoma con claridad el papel de la razón en el Hombre: es origen del pensamiento y la imaginación. Estas dos facultades humanas permiten al Hombre desarrollar vanidad, motivo y muestra de la miseria humana porque posa la verdad y el bien en cosas finitas, en meros deleites que distraen y alejan de lo esencialmente bueno y verdadero. Mediante el uso de la imaginación, el Hombre se sitúa, con relación al mundo, como una especie de director y actor de teatro que posa sobre su entorno una serie de valores y significados, que termina por suponer inamovibles y reales por mera costumbre, ya no sabiéndose consciente de su farsa, de su pantomima, sino erigiéndose vanidosa y falsamente como amo y señor de sí mismo y de su entorno caótico. En ese preciso punto nos dice Pascal:

26-330 El poder de los reyes se basa en la razón y en la locura del pueblo, y mucho más en la locura. La cosa más grande e importante del mundo tiene por fundamento la debilidad. Y este fundamento es admirablemente seguro; porque no hay nada más (seguro) que esto: que el pueblo será débil. Lo que se funda en la sana razón está muy mal fundado, como la estimación de la sabiduría. [...] 28-436 Flaqueza. Todas las ocupaciones de los hombres tienden a la adquisición de riquezas; y no podrán presentar título para demostrar que las poseen en justicia, porque no tienen ni la fantasía de los hombres, ni la fuerza para poseerlas con seguridad. Lo mismo sucede con la ciencia. Porque la enfermedad nos priva de ella. Somos incapaces de la verdad y del

bien. [...] 33-374 Lo que más me asombra es ver que todo el mundo no se asombra de su debilidad. Obramos seriamente y cada cual sigue su condición, no porque en efecto sea bueno seguirla, puesto que ésa es la moda, sino como si cada cual supiese con certeza dónde está la razón y la justicia. Nos decepcionamos continuamente y por una graciosa humildad creemos que es su culpa y no la de la habilidad que nos vanagloriamos siempre de poseer. [...] a fin de demostrar que el hombre es muy capaz de los más extravagantes criterios, puesto que es capaz de creer que no se encuentra en ese estado de debilidad natural e inevitable y creer, por el contrario, que está en el de la sabiduría natural (PE 26, 28, 33) (Pascal , 2014a, pp. 27-28).

El Hombre incapaz de justicia, de bien y de sabiduría, se engaña a sí mismo con sus altos vuelos racionales, imagina poseer un saber sólido que le constituye fundamento, pero su única realidad es la ignorancia, miseria, finitud. Criatura débil sin garras para aferrarse a sus presas alimentarias, sin colmillos afilados para rasgar sus endurecidos cuerpos, sin piel dura o vellosa para su propia protección de un mundo al cual está arrojado sin un motivo claro a su sed de luces y ansia de fundamento y sentido. El Hombre cuenta con una razón finita que en un doble movimiento, por un lado, ordena el entorno y lo objetiva desde su imaginación para transformarlo en una imagen-mundo que le hace posible proyectarse en el tiempo, arrojarse a lo que ha sido y lo que será para poder ser en el aquí y el ahora; por otro lado, en el interior del espíritu humano mismo, va generando dudas, temores, fastidio. Porque el Hombre anhela saber, se ve a sí mismo, a su entorno y no se integra al mundo, está exiliado de un universo material que experimenta de manera fugaz y sin razón clara a sus propios ojos.

En este orden de ideas, vemos cómo Pascal enuncia la primera contradicción del Hombre: posee una razón que

ordena pero devora. Tan es así que ante tal devorar, ante tal incomodidad devenida del interior mismo, el Hombre elige el divertimento, volcarse al mundo en juegos, placeres y esencialmente distracciones que obnubilen esa consciencia de insuficiencia, de su inquebrantable miseria. Nos divertimos, nos entregamos a nuestras tareas cotidianas para engañarnos, para perder de vista que no tenemos razón suficiente para estar en el mundo, así, nos deleitamos en las distracciones que van desde el más ruin de los trabajos hasta los más elaborados placeres, finalmente, sean los unos o los otros, solamente nos engañamos y buscamos acallar nuestra consciencia. El divertimento, característica primordial del Hombre, es un placebo, una droga, gotitas de ilusión e irrealdad que obnubilan el juicio y nos alejan de la verdad. Pascal entiende que un trabajo, un ejercicio científico, una labor política o cualquier otro puesto o ejercicio humano es ya distracción, divertimento. De esta suerte, Pascal nos muestra que cualquier tarea humana es engaño, apariencia que gustosos realizamos para no enfrentarnos a nuestra consciencia que muestra nuestra verdadera condición de desapego y extrañeza al mundo, de miseria por saber poco. Pascal señala:

10-167 Las miserias de la vida humana han fundado todo esto. Como han visto esto, se han decidido por la distracción. [...] 36-164 Aquel que no ve la vanidad del mundo es también muy vano él mismo. Pues quién no la ve, excepto los jóvenes, todos ellos ocupados en el estrépito, en la diversión y en el pensamiento del porvenir. Pero privadas de sus distracciones y les veréis languidecer de tedio. Se dan cuenta entonces de su vaciedad sin conocerla; porque es ser muy desgraciado sufrir una tristeza insoportable tan pronto como nos vemos reducidos a mirarnos a nosotros mismos y a no divertirnos de ello. [...] 33-168 Los hombres, no habiendo podido remediar la muerte, la miseria, la ignorancia, han ideado, para ser felices, no pensar en ellas. 134-169 A pesar de todas esas miserias quiere ser

feliz, y no quiere otra cosa que ser feliz y no puede querer no serlo. ¿Pero cómo se las arreglará? Sería necesario para conseguirlo que se hiciese inmortal, pero al no poderlo ser, ha ideado no permitirse a sí mismo pensar en ello (PE 10, 36, 33) (Pascal, 2014a, p. 65).

La diversión, el divertimento es no pensar en nuestra condición incurable, renegar de nosotros mismos mediante empresas distractoras que acallan una consciencia o un espíritu que busca y quiere razones, pero sólo encuentra miseria. Pascal, entonces, muestra que el Hombre teme a la soledad y al silencio de los espacios infinitos porque en ellos se devora a sí mismo, se piensa a sí y se ve como es: ser finito, sin gracia, mortal y sin fundamento. Con el divertimento aparece otra condición del Hombre: es un ser que se engaña a sí mismo. Ya no sólo como Tántalo, ahora como Sísifo.

Hijo de Eolo y rey de Corinto, en algunas tradiciones considerado el padre de Odiseo, Sísifo es el ser astuto, el *trickster* (embaucador) que con astucia funda ciudades y, peor aún, encadenó a Tanatos y engañó a Hades y a Zeus. Cuentan los mitos que el padre de los dioses raptó a la ninfa Egina y ante su crimen, pasó por el reino de Sísifo, como también lo hizo Asopo, el padre de la ninfa que buscaba a su hija. El astuto Sísifo negoció revelar el nombre y dirección del raptor a cambio de agua para su pueblo, el trato se concretó y Zeus colérico envió a Tanatos por Sísifo quien, con astucia mediante, ató al dios de la muerte provocando que ningún Hombre muriese por un largo periodo. Zeus se percató de tal argucia y mandó a Hermes a desatar a la muerte quien de inmediato fue por Sísifo que, previsor e inteligente, aleccionó a su mujer para que no efectuara ningún rito funerario. Cuando Sísifo arribó al Hades, acusó a su esposa de impiedad y exigió permiso al dios para retornar al mundo de los vivos y castigar a la impía. Así pasó, y Sísifo jamás volvió por voluntad propia al Hades, fue apresado y castigado, mucho

tiempo después, en los infiernos, condenado a subir una pesada roca hasta la cima de una escarpada y empinada montaña para que la roca, en el punto más alto, volviera a caer y entonces la tarea se emprenda nuevamente. Sísifo es la imagen del trabajo inacabado, del esfuerzo inútil, del divertimento que nos mantiene ocupados para no pensar ya no tanto en hacer tretas inteligentes, sino en nuestra miserable condición.

El Hombre, como Sísifo, se engaña a sí mismo enarbolando empresas inútiles que permitan distraerse y no escuchar a una consciencia que de constante nos devela nuestra condición de miseria, tedio y vacuidad. Ante tales consideraciones, es menester señalar y subrayar que Pascal ha dibujado un esquema preciso:

1. El Hombre se ve inmerso en un mundo que le es ajeno, pone el barrunto de su conocimiento, por él, devenido de su razón, forja apariencias que supone, sólo de manera hipotética, encontrar sentido a las cosas, razones; luego entonces, el Hombre se descubre impotente y aparece la vanidad.

2. Esta vanidad persigue bienes imaginarios y hace suponer que el Hombre es alguien, algo superior al resto de especies, genera con ello artes, ciencias, instituciones e infinidad de subterfugios que no son más que apariencias, ilusiones que buscan llenar un vacío.

3. Este vacío no se acalla más que por un instante, y entre más buscamos enmudecerlo, más levanta la voz, por él se hace consciente el Hombre de que es un ser de sufrimiento, incompletitud e ignorancia. De ahí precisamente su miseria.

4. Para no ser consciente de sí, para no perderse en el abismo de una interioridad que lo devora porque pone de constante frente a sí su sufrimiento, tedio y vacuidad, el Hombre se distrae, reniega de su miseria vía divertimento.

La diversión es distracción del tedio de la existencia humana, pero a la distancia y bajo la mirada crítica y

recalcitrante del autor de los *Pensamientos*, es un simple huir de uno mismo, del temor a existir sin razón, un consuelo miserable que no permite sino engañarnos para no pensar en nosotros mismos. De esta suerte, Pascal pone de manifiesto que el Hombre posee una condición intolerable, tiene que distraerse para no pensar en sí mismo, se autoengaña para liberarse y traza objetivos imaginarios que, a la larga, se manifiestan como lo que son: humo, nada, fantasía que en profundidad carece de total sentido.

Espantosa tragicomedia, drama grotesco e inverosímil, la vida del Hombre y su puesto en el mundo es un esfuerzo vano por ocultar su realidad, su ausencia de asideros, su nula capacidad de hacer o sentir el mundo como propio. Con el juego y la vanidad se recubre el horror, pero este último es permanente y todo intento humano por recubrir y abolir nuestra propia condición, no es sino un motivo de vano orgullo y camino seguro a la desesperación porque el tiempo mismo nos envejece y, al hacerlo, ya no tenemos en que ocuparnos y así, toda máscara que hayamos puesto a nuestra horrorosa condición es resquebrajada y la terrible verdad se asoma.

Ante tales circunstancias, la famosa y multicitada frase pascaliana “el silencio de los espacios infinitos me aterra” cobra nitidez porque se entiende ya que ante la soledad, en medio de una vida sin la mascarada de la distracción, interioridad, consciencia, *res cogitans*, nos pone a pensar en nosotros mismos, nos vamos desmontando de a poco, quitando las ilusiones que hemos puesto sobre nuestra vida tales como el hecho de sabernos máquinas pensantes, cuerpos finitos o seres de determinada condición social, política o religiosa, para desnudarnos y dejarnos ya no como sujetos pensantes, sino como un yo insoportable por vacío, hueco, pequeño e irrisorio que, inmerso en un mundo donde el azar es un hecho, busca conseguir la verdad y sólo se abisma en sí mismo dando cuenta de su miseria y

optando por huir del confrontamiento consigo mismo. El yo es odioso porque se erige centro de todo, pero al mismo tiempo no soporta su pequeñez y su vacuidad que, por mera vanidad, disfraza de ser racional, ilustrado e hijo predilecto de Dios, tocado, más bien formado, para ordenar el mundo y ser dominador del cosmos y de sus semejantes, conquistador de las cosas y centro de todo; no obstante, para Pascal el yo es pura contradicción pura miseria vanidosa que, como hemos mostrado, anhela lo que nunca podrá poseer, se autoengaña y obnubila para no ver sus miserias, así leemos:

597-455 El yo es odioso. Vos, Miton, lo ocultáis, pero no por eso lo suprimís, sois por lo tanto odioso siempre. —No, porque obrando como lo hacemos, servicialmente para con todo el mundo, no hay motivo para que se nos odie. —Eso es verdad, si sólo se odiase en el yo el sufrimiento que nos causa. Pero si lo odio porque es injusto por hacerse centro de todo, lo odiaré siempre. En una palabra, el yo tiene dos condiciones: es injusto en sí, por el hecho de que se hace centro de todo; es molesto para los demás porque quiere someterlos: porque cada yo es el enemigo —y quisiera ser el tirano— de todos los otros. Suprimís la molestia, pero no la injusticia; y de este modo no lo hacéis amable a aquellos que odian la injusticia, sólo lo hacéis amable a los injustos, que ya no encuentran en él a su enemigo, y así seguís siendo injusto y sólo podéis gustar a los injustos (PE 597) (Pascal, 2014a, p. 230).

El yo, esepreciado descubrimiento moderno y cartesiano, ese tesoro humano que sostiene el método científico y toda una corriente filosófica que ostenta una *mathesis universalis* que develará sus misterios a una razón ordenada y humana, es odioso a los ojos de Pascal porque vanidosamente se erige centro, pero va operando con cada supuesta victoria, meras heridas al ego

humano, subsumiéndolo en su condición insustancial, inane, de debilidad, fragilidad y sufrimiento. El yo, más que beneficios, es el móvil y motivo para mostrarse carente, hueco, condenado a una condición intolerable y de miseria. De esta manera, si por anhelar lo imposible aparece Tántalo, y también por disfrazar nuestra condición mediante distracciones aparece Sísifo, por el hecho de romper todas las ilusiones y caer siempre en cuenta de nuestra miseria aparece Ixión.

Héroe tesalio, rey de los lapitas, Ixión asesina a su suegro haciéndolo caer en un horno de carbón para poder liberarse de pagarle la dote prometida por la mano de su hija, por tal culpa, fue perseguido y enloquecido por las Erinias, pero Zeus decide purificarlo, conoce a Hera e intenta seducirla, los dioses forjan una falsa Hera llamada Néfele (cuya traducción literal es nube). Ixión se une sexualmente a ella, Zeus es consciente del crimen, reprende al héroe, lo azota y ata a una rueda encendida que gira sin cesar, dejándolo caer del Olimpo al Tártaro donde la rueda de Ixión sigue girando eternamente.

El Hombre, como Ixión, se ha engañado a sí mismo divirtiéndose con apariencias, tratando de engañar a su conciencia, disfrazando su miseria pero, a la larga, ésta habrá de hacerse patente para castigarle y emitirle un eterno sufrimiento. El Hombre copula placenteramente con nubes, con apariencias, encuentra un yo que se regocija por tales actos, pero su farsa se castiga porque su miseria jamás desaparece. En ese sentido, Pascal dibuja una relación hombre-mundo que hace del primero un yo miserable incapaz de encontrar asidero en el segundo; no obstante, la razón y el pensamiento humanos fraguan vanidosas ilusiones que parecen dotar de saber al Hombre y, con ello, de un sentido y significado capaz de fundamentarle, a grado tal de que, confiado en sus creaciones vanidosas, se arroja al divertimento huyendo de la confrontación consigo mismo, con su condición y con su verdad. Pero a pesar de

todo, llega el momento de la soledad, de la estancia en silencio, sin el bullicio de las distracciones, en el espacio infinito que es el mundo mismo y ahí comienza la deconstrucción del yo, se sabe solo, en medio de un mundo que lo aísla y no le brinda una sola razón suficiente para estar, sino meras demostraciones de carácter contingente y, peor aún, evidencias de un mundo que no es centro, sino periferia que se mueve infinitamente y, para dar cuenta de ello, baste mirar al cielo al que no le encontramos límites, o al insecto bajo nuestra suela que, infinitamente pequeño, nos hace manifiesto que no pertenecemos a su mundo.

En ese orden de ideas, Pascal concibe que el mundo nos aplasta con dos infinitos, así lo hace manifiesto en los *Pensamientos*:

¿Qué es el hombre en el infinito?

Pero, para presentarle otro prodigio igualmente asombroso, que busque en lo que conoce las cosas más insignificantes, que una cresa le ofrezca en la pequeñez de su cuerpo unas partes infinitamente más pequeñas: piernas con coyunturas, venas en las piernas, sangre en las venas, humores en la sangre, gotas en esos humores, vapores en esas gotas; que dividiendo aún más estas últimas cosas agote sus fuerzas en esas concepciones y que el último objeto al que pueda llegar sea ahora el de nuestro razonamiento. Pensará tal vez que ésa es la máxima pequeñez de la naturaleza. Quiero hacerle ver ahí un nuevo abismo. Quiero pintarle, no solamente el universo visible, sino la inmensidad de la naturaleza que se puede imaginar en el interior de ese átomo reducido a su mínima expresión. Que vea en él una infinidad de universos, de los que cada uno tiene su firmamento, sus planetas, su tierra y en la misma proporción que en el mundo visible; en esa tierra, animales y en fin cresas en las cuales encontrará lo que las primeras han dado, y al encontrar todavía en los demás la misma cosa sin fin y sin reposo, se pierde en

esas maravillas tan asombrosas en su pequeñez como las otras en su extensión ¿porqué quién no se admirará de que nuestro cuerpo que hace un momento no era perceptible en el universo, él mismo imperceptible en el seno del todo, sea ahora un coloso, un mundo o más bien un todo en relación con la nada a la que no se puede llegar? ¿Quién que se considere de esta manera no se espantará de sí mismo y, considerándose sostenido en la masa que la naturaleza le ha dado entre esos dos abismos de lo infinito y de la nada, temblará a la vista de esas maravillas, y creo que al cambiarse su curiosidad en admiración, estará más dispuesto a contemplarlas en silencio que a investigar sobre ellas con presunción? Porque, en fin, ¿qué es el hombre en la naturaleza? Una nada respecto al infinito, un todo respecto a la nada, un punto medio entre la nada y el todo. Infinitamente alejado de comprender los extremos, el fin de las cosas y sus principios están para él irrevocablemente ocultos en un secreto impenetrable, igualmente incapaz de ver la nada de que ha salido y el infinito en el que está inmerso. ¿Qué hará, pues, sino percibir cierta apariencia del medio de las cosas en una eterna desesperanza de conocer ni su principio ni su fin? Todas las cosas han salido de la nada y han sido llevadas hasta el infinito. ¿Quién seguirá esos asombrosos pasos? (PE 199) (Pascal, 2014 a, pp. 86-87).

Pascal ha puesto en consideración la relación hombre-mundo, con ello ha puesto al Hombre entre dos infinitos que no comprende, le ha despojado de su importancia, le ha constituido como un yo que vive una vida en la plena inseguridad ontológica y que, si bien está arrojado al mundo, no lo está para dominarlo o conquistarlo desde su consciencia o interioridad, sino para ser aplastado con su infinitud; es decir, Pascal parte de un yo-en-el-mundo que, además de saberse en el infinito, se percibe lleno de contradicciones, en total desequilibrio porque

se mueve entre la pequeñez de su tiempo, de su cuerpo y de su consciencia, pero a la vez, del otro extremo, tironeado por la grandeza de su ser en relación con el microcosmos que le rodea. Bajo todas estas consideraciones, Pascal asume que el Hombre es un ser de desproporción, de contradicción y que se manifiesta miserable, vacuo y autoengañado.

Así, de esta manera y atendiendo a la pregunta central de la antropología filosófica ¿qué es el Hombre?, Pascal ha dibujado algunas pautas a considerar, como se ha tratado de mostrar aquí: un ser finito, que vanidosamente crea ilusiones que se conjugan en divertimentos que lo distraen de la verdadera condición consistente en la soledad, la orfandad, el tedio y la miseria. Imagen de buenas a primeras completamente pesimista sobre el Hombre y su condición, pero en el fondo precisa y digna de analizarse, la respuesta de Pascal aún no está completa porque también hablará de los afectos.

En el apartado anterior hemos hecho manifiesta la relación hombre-mundo, con ello nos pudimos percatar de que el primero es afectado por el segundo y así, toma lugar la afectividad, que se entiende como la primera y más primitiva forma en la que el Hombre participa del mundo. Cabe señalar así, que el Hombre es un ser de afectos, deseos, pasiones y emociones, todas ellas dicen algo, inclusive dicen quién es el Hombre. Los afectos definen nuestra situación anímica o estado de ánimo que, a la larga, determina nuestra proyección y apertura al mundo, es decir, los afectos, la afectividad, reproduce una forma de ser que determina mi relación conmigo mismo, con las cosas y con mis semejantes. Por tal hecho, resulta menester ocuparse de ella para responder de mejor manera a la pregunta base de la antropología filosófica ¿qué es el Hombre?

La afectividad se puede vislumbrar desde dos perspectivas: una manera pasiva bajo la cual el yo es afectado por sus circunstancias; o una manera activa en la cual el yo se mueve hacia lo que desea. El afecto se considera así, un estado de ánimo que se genera porque algo extrínseco al sujeto, un objeto o una situación, lo perturba. Aquí vale la pena distinguir entre percepción sensible que informa a mi naturaleza cognitiva, y un afecto que conmueve y emociona. Esto quiere decir que la percepción trabaja con los sentidos, se informa con ellos y a partir de lo que perciben genera intuiciones; mientras que la afección trabaja ya no sólo con los sentidos, sino más bien con los sentimientos que toman lugar en la interioridad del Hombre

mismo. Con todo ello, resulta más que claro que la filosofía se ha ocupado de la exploración de la capacidad cognitiva y, de esta suerte, algunas posturas se han manifestado verdaderamente revolucionarias tratando de estudiar los afectos: Schopenhauer y su nouménica voluntad, Nietzsche y su cuerpo-razón, el existencialismo y su vida-para-la muerte que debe hacerse en libertad y en el tiempo aunque no tenga ningún sentido determinado. Todos estos intentos o abordajes de los afectos han surgido de manera directa o indirecta de una premisa cartesiana: la pasión, la afectividad, es una perturbación a la razón en su loable y ordenada búsqueda de claridad y certeza. De ahí la necedad de desmontarse y quedarse con la pura razón, de ahí también el anhelo de descreer de aquello que no se manifieste evidente a una razón en vigía; no obstante, nuevamente Pascal hará patente su anticartesianismo, y hará manifiesto que la pasión, la afectividad, a pesar del anhelo cartesiano, es un componente fundamental de la existencia humana.

El autor de *Las provinciales* usará un par de conceptos que poco o nada han sido utilizados en filosofía: el espíritu de fineza (o de finura), y el espíritu geométrico. Por el primero se debe entender una forma no racional ni científica o matemática de percibir las cosas, atiende más a los sentimientos que a las demostraciones, tiene mayor contacto con el corazón que con la razón, en él se hace patente la fe, lo infinito y el amor. Por otro lado, el espíritu de geometría es una mentalidad matemática que pretende de constante definir y demostrarlo todo, su forma de relacionarse con el entorno y los objetos que en él habitan es puramente empírico, lo que significa que el espíritu geométrico palpa las cosas y con ello le es posible constituir fundamentos racionales que le permitan reflexionar correctamente. Por obvias razones, el error cartesiano es suponer que el espíritu geométrico lo es todo, la única fuente de verdad o certeza; mientras que el espíritu de finura o sutileza es el

enemigo mortal de un recto reflexionar. El equívoco cartesiano, más aún, consistió en que busca tratarlo todo del mismo modo, supone encontrar verdades geométricas para verdades como la fe misma o el amor y el odio, incluso la miseria humana y, dichas verdades sólo son posibles de sentirse, de vislumbrarse al ser afectados emocionalmente por ellas. En otras palabras, Pascal establece y da una importancia mayor a la afectividad, al espíritu de sutileza o finura.

Para Pascal la forma de la afectividad es válida y así, en torno a los dos espíritus observamos lo siguiente (Pascal, 2014a, p. 210):

Hay por lo tanto dos clases de inteligencia: una que penetra vivamente las consecuencias de los principios, y es el espíritu de exactitud. Otra que comprende un gran número de principios sin confundirlos, y es el espíritu de geometría. La primera es fuerza y rectitud de espíritu. La otra, amplitud de espíritu. Ahora bien, cualquiera de ellas puede existir sin la otra, ya que el espíritu puede ser fuerte y estrecho y también puede ser amplio y débil. [...] Diferencia entre el espíritu de geometría y el espíritu de sutileza. En el primero los principios son palpables pero alejados del uso común, de manera que nos cuesta trabajo volver la cabeza hacia ese lado por falta de costumbre, pero a poco que la volvamos vemos los principios de lleno; y tendríamos que tener el espíritu completamente falso para razonar mal sobre unos principios de tal volumen que es casi imposible que se nos escapen. Pero en el espíritu de sutileza los principios son de uso común y están a la vista de todo el mundo. No es necesario volver la cabeza ni violentarse; sólo se trata de tener buena vista, pero hay que tenerla buena, porque los principios son tan sutiles y tan numerosos que es casi imposible que no se escape alguno. Ahora bien, la omisión de un principio lleva al error; por eso hay que tener la vista muy clara para ver todos los

principios y luego la mente muy afinada para no razonar equivocadamente sobre los principios conocidos (PE 511).

El espíritu de sutileza requiere una mente fina que abra bien los ojos y no sólo se impresione de las cosas para demostrarlas de manera racional con cadenas de silogismos argumentales, antes bien, las siente, las padece, se afecta por ellas de manera tal que no requiere evidencias claras y distintas, sino sagacidad visual que, a partir de percibir de un sólo golpe, vislumbre con todo su ser lo que le aparece. En ese sentido preciso, Pascal sabe que el mundo, antes de ser razonado con paciencia para poder manipularlo y poder generar una ciencia geométrica y lógica, nos afecta sutilmente, nos manifiesta verdades que se padecen, no se demuestran. Éstas son la historicidad misma de la vida, es decir, el hecho mismo de que el Hombre transcurre con el tiempo y, al hacerlo, es y se genera para sí y para los otros una historia, una autobiografía que da cuenta de quién es, de dónde viene y hacia dónde proyecta su ser y estar en el mundo.

Aunado a ello, la afectividad pone también a consideración el hecho de poseer un cuerpo receptáculo que transcurre históricamente y padece el mundo, siendo afectado por su capacidad o incapacidad de percepción, adaptación y finitud, generando así una visión de las cosas que define el ser que somos. De igual manera, la afectividad pone en consideración el hecho profundamente verdadero de que hay algo que somos y no podemos medir o cuantificar porque trasciende lo visible y material, ese algo de carácter no corporal, dice mucho de nosotros porque nos constituye como personas y también como especie distinta a las otras: el espíritu. Esa condición que unifica gustos, temores, conocimientos, saberes, mundo simbólico y otra serie de cosas que permiten que de un contexto caótico que no nos re-presenta nada, pasemos a un mundo con sentido en tanto unificamos imágenes en la consciencia y, vía el

entendimiento, transformamos en conceptos manejables que permiten generar saberes, razones, arte, cultura.

Si bien Pascal condena en el Hombre que todo lo salido de su espíritu sea mera ilusión, un saber que poco o nada puede hacer en beneficio de su salvación o supuesta grandeza con relación a otras especies, este espíritu es lo que hace vivible la vida, lo que dota de cierto valor humano a la propia condición del Hombre, ya que lo saca de su estatus meramente animal que, como ser que padece el mundo, no hace nada con ello. Pascal es puntual al hacer ver que el Hombre, si bien es un ser sufriente que habita el mundo, este último lo afecta y, por ello, no sólo de manera pasiva sufre, sino que crea, inventa, razona y hace algo con sus afectos. En otras palabras, Pascal comprende que el Hombre pasa de una condición animal a una condición humana porque construye el mundo desde su consciencia, dotando de lenguaje, símbolo y significado un entorno agreste y ajeno. Y si quizás parece haber una contradicción entre lo señalado anteriormente en torno a una razón humana insuficientemente, hay que tener en cuenta que lo que aquí señalamos es que el espíritu crea, si esas creaciones son insuficientes, eso ha quedado claro líneas atrás, lo que aquí vale la pena poner en consideración es que el Hombre posee un espíritu creador devenido de la afectación o afectos originados por la percepción que recibe de su entorno. El problema o la crítica que establece Pascal es que casarse con una sola de las manifestaciones de ese espíritu, ya sea en su sentido geométrico o sutil, reniega del otro y hace del Hombre un ser vanidoso que desconoce la fugacidad y nimiedad de sus creaciones y de sí mismo, al hacerlo se anula a sí, como lo hace Descartes que, como lo hemos manifestado anteriormente, para Pascal es inútil e inseguro.

Pascal no agota al Hombre en su mera razón, tampoco en su sutileza, menos en sus creaciones, entiende que es un punto

en medio de dos infinitos, una nada que tiende hacia dos extremos, así lo hace manifiesto:

83-327 El mundo juzga bien las cosas, porque está en la ignorancia natural, que es el verdadero sitio del hombre. Las ciencias tienen dos extremos que se tocan: el primero es la pura ignorancia natural en que se hallan todos los hombres al nacer, el otro extremo es aquella a que llegan las almas superiores que, después de haber recorrido todo lo que los hombres pueden saber, descubren que no saben nada y se encuentran en esa misma ignorancia de que habían partido, pero es una ignorancia sabia, que se conoce a sí misma. Aquellos otros que, habiendo salido de la ignorancia natural, no han podido llegar a la otra, tienen un barniz de esa ciencia suficiente y se las dan de entendidos. Éstos molestan al mundo y todo lo juzgan mal (PE 83) (Pascal, 2014a, p. 44).

La ignorancia, ya sea natural u obtenida al estilo socrático, es el común denominador del Hombre y, en ese orden de ideas, como lo hemos tratado de clarificar, por el hecho de encontrar y generar principios geométricos u otro tipo de conocimientos y saberes, no escapamos de la ignorancia debido a que nos reconocemos, de manera consciente, insuficientes o suponemos vanidosamente que nuestras verdades son absolutas y suficientes. Sea del lado que sea, para Pascal la ignorancia es irreversible, no obstante, sí concede una cierta grandeza devenida de la consciencia de nuestra pequeñez, de nuestra insensatez, de esta suerte leemos:

“397 La grandeza del hombre es grande porque se sabe miserable; un árbol no se sabe miserable. Por lo tanto ser miserable es saberse miserable; pero es ser grande saber que se es miserable” (PE 114) (Pascal, 2014a, p. 52).

La grandeza humana, su especificidad más bien, deviene de saberse miserable, de reconocer que su razón genera

imaginación, que su puesto en el cosmos es una ambigüedad, una perfecta tensión entre dos infinitos: el del universo enorme que se hace manifiesto al levantar la vista y dejarse devorar por todo el inmenso peso y tamaño del universo, y el infinito debajo de los pies, tan minúsculo y efímero que el entendimiento no puede acceder a él. Bajo tales consideraciones, Pascal hace surgir justo su conclusión de que el Hombre es una nada con respecto al todo, pero debido al reconocimiento, a la toma de consciencia de su nulidad, posee una cierta grandeza consistente en saberse lo que es: un vacío, ser finito, cuerpo mudable y poco apto para vivir en estado natural, un espíritu consciente de sí mismo y no puro instinto.

En ese orden de ideas, los afectos en Pascal son cualidades que el Hombre posee y le permiten no ser una mera máquina, sino un sujeto capaz de generar divertimento para no pensarse, pero también capaz de abismarse en sí mismo y caer en cuenta de su miseria, del tedio, de su grandeza. Atrás han quedado ya las figuras de Tántalo, Sísifo e Ixión, ahora toman lugar Tiresias, Calígula y Edipo.

Tiresias, hijo de Everes, uno de los primeros habitantes de Tebas surgidos de los dientes del dragón muerto que Cadmo arrojó a la tierra, era un adivino que vaticinaba las cosas debido a los afectos que sentía luego de ver volar a las aves, pero un día separó a un par de serpientes que peleaban entre sí y dio muerte a la hembra, por lo que quedó convertido en mujer. Cazó a la serpiente macho por un largo tiempo y experimentó en ese transcurso una vida femenina, cuando encontró a la serpiente macho la aniquiló y volvió a ser hombre. En una disputa entre Zeus y Hera sobre quien sentía mayor placer sexual, si el hombre o la mujer, Tiresias fue consultado, respondió que la mujer, y Hera enfurecida lo cegó.

Tiresias vaticina ahora desde su ceguera, en él se observa una condición paradigmática: posee una falta de visión de este

mundo, una ignorancia sobre las cosas visibles, materiales y mundanas que nos rodean, sin embargo, intuye el futuro, lo que está por venir, es decir, posee una visión trascendente del mundo, como si viese con mayor profundidad, con los ojos del espíritu que, además, fue tanto masculino como femenino, así, recibió mundo visible, alimentó su espíritu bajo las dos visiones que abarcan lo humano. Tiresias, a pesar de poseer una sabiduría profunda, se reconoce sufriente, miserable, capaz de conocer el futuro, pero incapaz de evitarlo y, por ello, frágil, inútil, vacío, nada.

Obviamente el Hombre, bajo la perspectiva de Blaise Pascal no vaticina nada en absoluto, pero sí conoce el mundo y construye saberes que le engrandecen, no obstante, citando al propio autor del *Tratado del vacío*, este saber sólo le hace patente su nada, su finitud, sus propias carencias. Tiresias, el sabio sufriente que pronuncia estas palabras: “¡Zeus Padre, ojalá que más corto plazo de vida me hubieras dado y tener en mi mente un saber igual al de los demás hombres! Pero ni un poco ahora me honraste, tú que me diste tan largo tiempo de vida, pervivir durante siete generaciones de mortales” (Gual, 2004, p. 315). El Hombre mismo reconoce su miseria mediante su saber, se reconoce pensante, hacedor de cultura y generador de conocimientos, diferente al animal pero, en una amarga consciencia, finito, mortal, arrojado sin motivo al mundo, sin gracia, destinado a morir. En otras palabras, Tiresias es imagen del Hombre en sentido pascaliano porque su saber no redime su miseria, más bien al contrario, lo confronta con ella y lo instaure como ser sufriente y miserable, pero diferente del resto, es decir, pequeño pero grande.

Por otro lado, se asoma Calígula, personaje central de la pieza teatral homónima escrita por Albert Camus, en 1944. El emperador se enfrenta a una cruda verdad por el hecho de perder a su hermana y amante Drusila: los hombres mueren y

no son felices. Dicha evidencia deviene por los afectos, por el amor coartado por la muerte, por la miseria de saberse solo y abandonado en un universo que no le brinda razones suficientes para justificar su pérdida y así, Calígula obtiene consciencia de su miseria, de su vacuidad, de la inutilidad de su condición y entonces, siguiendo una lógica fría y recalcitrante, es coherente con su afecto y entiende que si va a morir sin ser feliz, todo deseo, por irrisorio que parezca, puede establecerse como meta de vida. En ese sentido, Calígula desea la luna (¿como quizás Pascal deseó encontrar a Dios?), y establece un reinado donde haga partícipe de sus razones y afectos a todos sus súbditos que terminan por matarle por desear imposibles.

Ahora bien, si Tiresias representa al Hombre sabio consciente de su miseria, Calígula también, pero con el agregado de que se apega a una ilusión y es lógico con ella. Calígula no es ciego, no ha perdido la visión por confrontarse con una verdad, sino que sigue viendo y se obstina en su evidencia, en su sabiduría que supone irreprochable. Es decir, el emperador es el Hombre que se sabe miserable y contagia su miseria, la padece ya no como Tiresias, de una manera que le haga grande, sino subsumiéndose más y más en ella, perdiéndose en su pequeñez al grado tal de ser lógico sosteniendo un deseo ilógico.

Bajo tal perspectiva, Calígula es también imagen del Hombre pascaliano, pero de aquel que se apega a un sólo espíritu, a lo objetivo y geométrico aunque sea ilógico y que, como hemos señalado, es lo peligroso para Pascal, ya que el ser pequeño confía en su grandeza y se pierde. Vale decir que Pascal elogia el espíritu geométrico, pero no opta por quedarse con él, sino que comprende que también hay otra cosa, otro tipo de relación entre el Hombre y las cosas que es establecida por el espíritu de finura o sutileza que combina saberes y da lugar a la moral, la estética, el arte, la política o la simple costumbre, ámbitos todos que son humanos y dicen también qué es el Hombre y cuál

es su condición. Aquí hemos vertido un par de imágenes que dicen algo del Hombre, mediante su efigie hemos hecho manifiesta cierta visión pascaliana que da cuenta de lo que el muerto joven responde a la básica, fundamental y central pregunta de la antropología filosófica, por eso es que hemos tratado de señalar que tanto Tiresias como Calígula hacen clara una imagen de lo que el Hombre es, pero aún falta un personaje clásico que vislumbrar: Edipo.

Trabajado como un complejo desde el psicoanálisis freudiano, consistente en el deseo sexual por la madre y por ello desear asesinar al padre, este personaje de origen verdaderamente mitológico nos interesa aquí bajo su sino trágico final y no tanto en su imagen clásica configurada por el psicoanálisis. Sabido es que Edipo mató a su padre y copuló con su madre y, al ser consciente de ello, se sacó los ojos y fue condenado a vagar sin purificación por toda Grecia. Esto nos cuenta Sófocles en su tragedia *Edipo Rey*, sin embargo, nuestra atención se centra en *Edipo en Colono*. Ahí vemos al fratricida vagando, bastón en mano, envejecido y acompañado de su hija, con toda su historia a cuestas, con la sapiencia de haber matado a su padre, fornicado a su madre y, con ello, haber maldecido a toda su descendencia que habrá de matarse entre ella. Edipo es consciente de su miseria pero, a pesar de todo, reconoce un lugar a tientas y por oídas, decide sentarse a esperar la muerte y pronuncia unas palabras increíbles para un sujeto en su condición: *todo está bien*.

En ese sentido, es Edipo imagen del Hombre miserable que, a partir de su sufrimiento y su reconocimiento, cobra cierta grandeza. Ante todas estas cosas, queda claro que Pascal hace manifiesta una imagen del Hombre consistente en poseer una razón y un espíritu, y que de decantarse por uno sólo, se acrecentaría la miseria mediante la vanidad o el divertimento, no así sucedería si, mediante alguno de ellos reconocemos nuestra

miseria, ello ya nos haría grandes y, más aún, daría lugar a otro tipo de verdades, las del corazón.

Para hablar del concepto de corazón no hay mejor manera que retomando al propio Pascal, quien nos señala al respecto:

110-282 Conocemos la verdad, no solamente por la razón, sino también por el corazón. De esta última manera es como conocemos los primeros principios y es en vano que el razonamiento, que no tiene ninguna parte en ello, trate de combatirlos. [...] Sabemos que no soñamos. Por muy impotentes que seamos de demostrarlo por la razón, esta impotencia no saca otra conclusión que la de la debilidad de nuestra razón, pero no la falsedad de todos nuestros conocimientos, como pretenden. Porque el conocimiento de los primeros principios: espacio, tiempo, movimiento, números, es tan firme como ninguno de aquellos que nos dan nuestros razonamientos. Y en esos conocimientos del corazón y del instinto es donde es preciso que se apoye y base todo nuestro razonamiento. El corazón siente que hay tres dimensiones en el espacio y que los números son infinitos, y la razón demuestra luego que no hay dos números cuadrados de los que uno sea el doble del otro. Los principios se sienten, las proposiciones se deducen y todo ello con certeza, aunque por diferentes medios. Y es tan inútil y tan ridículo que la razón pida al corazón pruebas de sus primeros principios para querer aceptarlos, como sería ridículo que el corazón pidiese a la razón un sentimiento de todas las proposiciones que ésta ha demostrado para querer aceptarlas. Esta impotencia sólo debe

pues, servir para humillar a la razón —que querría juzgarlo todo— pero no para oponerse a nuestra certidumbre. Como si sólo la razón fuese capaz de instruirnos (PE 110) (Pascal, 2014a, pp. 51-52).

El corazón es el origen del pensamiento, el centro espiritual del Hombre que le brinda un modo de ser genuino y auténtico que no poseen otras especies. El corazón, como bien podemos apreciarlo, siente y conoce, inmediatamente y sin terceros, los primeros principios que luego la razón debe demostrar. En otro sentido, el corazón es la antesala de la razón, quedarse con la última y nada más, no es lo más adecuado para ser en el mundo y así, Pascal hace manifiesto lo que luego Nietzsche hará: la tradición filosófica oficial, cercena, mutila y transgrede al Hombre mismo porque le despoja de sus fundamentos más básicos: el cuerpo, su anhelo de vivir, sus afectos, su inacabada sed de certezas y, en este caso de Pascal, un corazón que es el lugar origen de pensamientos y sentimientos. Mutilar al Hombre por una necesidad de dar razón a lo que formulamos para que se amolde a lo que queremos y, peor aún, busquen hacer coincidir las propias ideas con lo real, parece un ejercicio inocente que descuida por completo una característica fundamental del ser humano: el des-coincidir.

Los seres humanos solemos suponer de común que cuando las cosas se armonizan, cuando coincide todo de manera que nada desentone ni quede fuera de lugar, hemos alcanzado la felicidad, sin embargo, precisamente y a partir del hecho de que las cosas no concuerden, es justo en el momento de la inadecuación de nuestra existencia en alguno de sus rubros con el mundo mismo que surge un impulso, una potencia que empuja a actuar, a buscar de cualquier forma la coincidencia. Es decir, creamos cuando las cosas no se armonizan, nos impulsa la inadecuación porque cuando las cosas coinciden, cuando el mundo se manifiesta armonizado a nuestra mirada, toma lugar

la comodidad que funge como antesala de la esterilidad. Ahora bien, con la esterilidad la comparsa del enajenamiento toma lugar, el Hombre no se activa, no cuestiona ni profundiza en nada y ello no quiere decir que no haga uso del divertimento, como señala el propio Pascal, sino que no transgrede, no cuestiona su entorno y vanidosamente confía en la adecuación que esteriliza.

Ante tales consideraciones, resulta obvia la necesidad del recalitrante caos, del bien llamado por Pascal, azar. El azar es, según el autor de los *Pensamientos*, lo incalculable, lo no certero, aquello que humanamente sólo da lugar a lo probable. El azar hace manifiesto que la razón y sus productos no son de carácter absoluto y certero, sino más bien contingente, por ello resultan insuficientes para instaurarse como asidero que habrá de iluminar y dotar de sentido la existencia. Esto significa que la razón es insuficiente ante el azar y, por mera consecuencia, debe tomar lugar el corazón, ese órgano que es el fondo más profundo del Hombre y, además, permite intuir los primeros principios que luego la razón demostrará. El corazón es un instrumento básico de adquisición del conocimiento, sin él, sin sus intuiciones, la razón no puede argumentar nada y así, vemos que Pascal no cercena al Hombre por la mitad, no apuesta ni por la pura razón ni por el puro corazón, antes bien y muchísimo antes que Kant, ve la sensibilidad y el entendimiento como cosas complementarias que develan las verdades del mundo a las que el Hombre puede acceder.

Toma entonces lugar uno de los temas pascalianos por excelencia: la apuesta. Pascal considera y hace ver que es imposible demostrar racionalmente una serie de cosas relevantes para la subsistencia, las que más le importan son, sin lugar a dudas son la fe y existencia de Dios. Es ahí donde, a pesar de Descartes y su prueba lógica de Dios (en la Meditación III de sus *Meditaciones Metafísicas*), se debe atender al corazón y, como en los juegos

de azar, poner a consideración que existen las mismas probabilidades para ganar que para perder, así, debemos apostar por la vida eterna de Dios; no obstante, dejando de lado el talante religioso de Pascal, adelantándose a todo el pensamiento existencial, nuestro autor sabe que estamos embaucados y no podemos abstenernos de apostar, es obligación jugar independientemente de nuestra victoria o nuestra derrota. La lectura en torno a la apuesta pascaliana que nos resulta menos apegada a la religión cristiana y por ende más pertinente para mostrar la antropología filosófica que se manifiesta en el pensamiento del muerto joven, es clara: el Hombre está condenado a hacerse, lo cual implica elegir; es decir, está embaucado a jugar (existir) y apostar (elegir), no puede desentenderse ni desmarcarse de ello porque, de hacerlo, optaría por el suicidio, por la muerte, por su aniquilación.

En esa línea, Pascal hace manifiesta otra característica básica del Hombre que arroja luz para tratar de saber qué es: el Hombre está embaucado en un juego existencial que le exige apostar, por un puesto de trabajo u otro, el bien o el mal, lo correcto o lo incorrecto, vivir o morir, lo blanco o lo negro y el hecho de no elegir es decidir por no hacerse. En ese sentido, la vida es una eterna elección y, no conforme con ello, las elecciones determinan la persona que somos. Origen de angustia, porque no es fácil elegir o apostar cuando no hay certezas, la libertad no es sólo el valor anhelado que políticamente habrá de conducirnos a la felicidad social, mucho menos el valor ético que sostenga una existencia íntegra, sino que es una completa condena que carcome las entrañas y orilla a la desesperación cuando se elige a ciegas, sin asideros, en la absoluta incertidumbre que parece abarcarlo todo. Con esto, Pascal perfila que el azar, sentido e intuido por el corazón, es un móvil o espacio de acción del Hombre, nos condena a ser libres y hacernos de constante. Aparece entonces la figura de el jugador, Aleksei Ivanovich.

Personaje central de la novela *El jugador* de Fiodor Dostoiévski, Aleksei Ivanovich es tutor de los hijos del General Zagurianski, quien está lleno de deudas y espera la muerte de su tía acaudalada, la señora Antonina Vasilevna. Polina Aleksandrovna es la hijastra del General y Aleksei está perdidamente enamorado de ella; no obstante, Polina sólo busca dinero para ayudar a su padrastro y se aprovecha de su enamorado. La vemos exigirle a Aleksei ir al casino y apostar por ella en un juego de azar, nuestro personaje se niega, pero recuerda el juramento de amor y servidumbre que hizo por Polina, accede y gana una pequeña fortuna en la ruleta. Luego de este primer contacto con el azar, Aleksei se transforma en un jugador compulsivo que, incluso por momentos, parece dejar atrás el amor por Polina y desvivirse febrilmente por el juego que le genera riqueza pero, a la larga, lo hace perder absolutamente todo. Está embaucado en el azar, no concibe otra cosa más que la pasión por apostar y no saber si gana o pierde. Aleksei es el jugador que, sin certezas y por la mera pasión de apostar, se entrega a los casinos y sus juegos sin control. En ese sentido, es imagen de la condición humana que, sin certezas claras, está condenada a apostar.

Podemos apreciar que en Aleksei se entrelazan dos puntos, el placer por el juego y el amor por su inalcanzable Polina. El problema de ello es que el jugador ya no distingue la separación entre ambos y termina por hacer de la ruleta una metáfora de su amor, en tanto apegado y anhelante de ella, pero sin certezas de dónde irá a parar por su resultado. Aleksei es así, como el Hombre: apuesta a ciegas y no distingue que su vida es una ruleta y cada decisión trae consigo pérdidas y ganancias.

Para ser más claros, Aleksei Ivanovich es un apostador que sin certezas sobre su amada se desvive en los casinos y, finalmente, en una imagen trágica, es juzgado por el hombre

al que ama su amada, porque le obsequia dinero por verlo enteramente destruido y anhelante de Polina, pero con la advertencia de que no lo gaste en el juego, sino que busque a su amada. Aleksei sueña con recomponer su vida, pero recuerda sus victorias y buena fortuna en los juegos de azar y la novela termina. Así, este personaje es un espíritu atormentado por su pasión por elegir, por apostar, a tal magnitud y potencia que termina por perderlo todo y, al más puro estilo pascaliano, funge como imagen de la condición humana porque, como lo hemos señalado, la libertad de elección en un mundo azaroso, hace de la existencia eterna apuesta sin certezas.

Todos los Hombres somos apostadores, vamos construyéndonos a nosotros mismos a partir de elegir o no los caminos a seguir, las creencias a practicar, la vida a vivir. Pascal comprendió la existencia como juego, pero no uno lleno de divertimento, sino uno donde obligatoriamente debemos participar con placer o dolor, además de que, al tomar consciencia o no de ese juego, nos hacemos a nosotros mismos, nos constituimos.

En este sentido es que Pascal se manifiesta una vez más innovador y adelantado a su tiempo, porque ha establecido que el Hombre se hace a sí mismo, no está predeterminado por nada, sino que más bien está arrojado al mundo azaroso, dotado de un cuerpo y una razón que se verán afectados por su entorno y, a partir de ello, habrá de elegir, habrá de hacerse y así, ser. Ante tales condiciones, Pascal ha puesto a consideración que el Hombre no debe cerrar su inquietud, no debe de renegar de su condición de apostador consistente en sospechar si su elección es incorrecta o no, porque ello es el primer paso para pensarse a sí mismo y con ello reconocer la propia condición que, como lo hemos mostrado en los apartados anteriores, es una nada entre dos infinitos. El hecho de reconocerse como apostador, implica reconocer el azar que nos abarca, las limitaciones de nuestra razón pero, al mismo tiempo, la capacidad de

asombro, el poder de cuestionar las cosas y así, la generación de reflexión, y la riqueza o impulso devenido de lo caótico de la ya señalada des-coincidencia del Hombre con las cosas.

Ahora bien, otro personaje que da cuenta de la condición de apostador en sentido pascaliano es Sansón. Este personaje de calibre hercúleo, posee una fuerza sin igual que se ve mermada por su amor a las mujeres y al juego. A Sansón lo vemos en la Biblia, en el Libro de los Jueces 14:12-13, establecer una apuesta con enigmas, pero su apuesta más grande fue su propia perdición, no apostó por Dios. Sansón queda prendado de Dalila, una filisteo que es pagada por el pueblo para descubrir el secreto de la fuerza de Sansón y, así, derrotarlo. El héroe queda enamorado de ella y, tras varios intentos de evadir la revelación del secreto de su fuerza, decide apostar por Dalila y renegar de Dios y la fuerza impregnada en su cabello, por lo cual es derrotado por los filisteos. Sansón apuesta por un amor inexistente pero, al hacerlo, manifiesta su condición de jugador, de Hombre condenado a elegir que, como Aleksei Ivanovich, se desvive por un amor que lo lleva a jugar, apostar y perder. Es Sansón una imagen pascaliana de la condición humana porque apuesta por una quimera y es derrotado como el Hombre mismo que vive y sobrevive para terminar finalmente en la mortaja pero, ello no es motivo para decidir por la muerte o la esterilidad vital, al contrario, se trata de jugar, de existir, de apostar a sabiendas de que el juego está perdido. Si bien ni Aleksei ni Sansón tienen una certeza de su victoria y su derrota, quizás ahí radica su valor en el jugar sin consciencia.

Queremos proponer otro personaje que nos parece más radical, ya que apuesta con plena consciencia de su derrota: Butes. Tripulante de Argos, en su búsqueda por el vellocino de oro, hijo de Teleonte y Zeuxipe, Butes decide en su paso por las costas de Sicilia, ir por voluntad propia y con todo gusto hacia donde le guía el canto de las sirenas. Contrario a Ulises y

su abstención forzada y razonada, amarrándose al mástil de su navío, contrario a su propio compañero Orfeo que neutraliza la voz de las sirenas con el canto armonioso de su poesía, Butes suelta sus remos y se precipita, cae de cabeza y sin retorno a un mar infestado de muerte y el fatídico canto de las sirenas. Butes sabe su destino, realiza un acto a sabiendas de su funesto desenlace, él ya no apuesta a ciegas, sino con toda la certidumbre de la derrota, de la fatal consecuencia de su acto. Butes es la encarnación de la elección por la derrota, por la pérdida constante.

Ante tales hechos, el argonauta que se vuelca a su desenlace es metáfora del Hombre en sentido pascaliano porque, como él, elige vivir a sabiendas de que va a morir, decide existir y apostar cuando todo le muestra que posee un sólo destino: la solitaria y oscura tumba. Butes es imagen de la condición humana porque, como él, los Hombre nos embaucamos, por el sólo hecho de nacer, en un juego azaroso que a corto, largo o mediano plazo, cobrará sus ganancias y se alzarán ante nuestra derrota y, el hecho de tomar consciencia de ello, no aminora ni aletarga la pasión por el juego mismo, muchísimo menos las ganas de apostar para perder.

En consecuencia con esto, el Hombre es el jugador derrotado, apostador perdido, embaucado que, sin fondos, sigue jugando. Más importante todavía, ante estas consideraciones, vale la pena repensar el argumento pascaliano de la apuesta que suele tomarse en un sentido cristiano como ganar la eternidad de Dios y perder la finitud humana, es decir, ganar la vida eterna después de la muerte; pero como ha sido nuestra intención en todo este trabajo, el Pascal no visto bajo su cariz cristiano y más cercano a la antropología filosófica pone en consideración una condición humana que, sin Dios, se ve obligada a vivir en un mundo azaroso que finalmente permanecerá por encima de la finitud del Hombre. El problema con esto,

aunado a lo dicho antes, es que el Hombre debe hacerse eligiendo, apostando.

La vida, la existencia es para Pascal una apuesta que, si bien está perdida, no por ello debe dejar de realizarse. Así, todo el pensamiento pascaliano se manifiesta con otra tonalidad, un claroscuro que ha considerado el corazón y no sólo la razón, la sed de infinitud y la real finitud, la pequeñez y no sólo la grandeza, la sombra y no sólo la luz de la vida, todo ello para dejarnos algo claro: no hay que temer a la ambigüedad, hay que saber, entender y comprender que no hay certezas y, si las hay, seguro es que no las tenemos todas. Así, no hay razón para salir de la caverna y buscar un eterno brillar del sol, no hay porqué desapegarse del mundo material anhelando quimeras ideales, no hay que apostar por una vida pulcra y pura sin derrotas, hay que apostar a veces por un lado, a veces por el otro, pero con la consciencia completa de ser enteramente paradoja.

Finalmente, Pascal ha comprendido, y nosotros debemos hacerlo con él, que el Hombre es pura contradicción, un punto entre dos infinitos que lo jalonean, un ser trágico en perfecta tensión entre la vida y la muerte.

A lo largo de la historia del pensamiento, la idea de tensión entre la vida y la muerte, entre el todo y la nada, ha sido presa de muchas reflexiones, de innumerables posturas y de otro tanto de interpretaciones. Tenemos, por ejemplo, la idea de lo apolíneo y lo dionisiaco, del impulso de vida Eros y del impulso de muerte Tanatos, de igual manera las ideas de ser y no-ser, y muchas otras más. Todas ellas debido precisamente a que somos seres de ambigüedad, no hay un punto de coincidencia permanente en nuestro ser y estar, somos seres deviniendo en el tiempo y no sólo de manera biológica en evolución, sino también de manera espiritual, cultural y humana.

Pascal también se inscribe en la tradición que hace ver al Hombre como sujeto de ambigüedad que posee una tensión entre dos puntos, porque se concibe al Hombre como un punto intermedio entre dos infinitos: el macrocosmos que nos rodea y que basta con levantar la vista al cielo para percibirlo y dar cuenta de nuestra pequeñez, así como el microcosmos, que se afirma al bajar la mirada y observar seres más pequeños que nosotros y así, sabernos también grandes con relación a ellos. Lo complejo está en que el Hombre no es ni esa absoluta grandeza ni tampoco la rotunda pequeñez, sino ambas cosas y, por ello, se entiende la vida como la cosa más frágil del mundo, incluso Pascal la concibe bajo la imagen de un calabozo:

163-200 Un hombre en una mazmorra, sin saber si se ha dictado la sentencia contra él, sin disponer más que de una hora

para saberlo y bastando esa hora para hacerla revocar. Es contra natura que emplee esa hora, no en averiguar si se ha dictado la sentencia, sino en jugar a los cientos (PE 163) (Pascal, 2014a, p. 78).

La vida es una mazmorra en la que, prisioneros, nos dedicamos a jugar a contranatura y en espera continua de nuestra ejecución. Por ello, Pascal invita al Hombre a buscar las certezas a su alcance y no perder de vista lo que, a la larga, nos hace miserables: el desconocimiento del tiempo disponible. En ese orden, Pascal entiende que la muerte es el fin de la comedia, algo espantoso y angustioso que nos priva de todo apego al mundo, de toda afectividad, de toda reflexión. Por ello, buena parte de los *Pensamientos* se muestran recalcitrantes y críticos para con los seres que se dedican a la vanidad y al divertimento, desgastando su poco tiempo no en re-conocerse a sí mismos como sujetos finitos y miserables, pero a la vez grandes por poseer pensamiento y consciencia, de ahí la crítica pascaliana también para aquellos que suponen haber encontrado las verdades absolutas e inamovibles en torno a cualquier cosa cuando, en realidad, son verdades a medias que posiblemente dejarán de serlo con el paso de tiempo, como el cuerpo, el espíritu y el Hombre mismo.

La vida tiene un fin, la muerte es lo siempre inminente y, por más solidarios que seamos, un asunto solitario. Pascal tiende a la búsqueda de la vida eterna y se apega a la religión, a un Dios que envió a vivir como Hombre a su hijo que venció la finitud y vive eternamente. Pero el Hombre no es Cristo, no cuenta con la gracia de Dios, está sólo en el cosmos, arrojado a un mundo en el que no encuentra asidero seguro y donde tarde o temprano habrá de morir.

Con todo ello, si bien el balance no es del todo positivo, sí vale la pena subrayar lo siguiente: Pascal no se equivoca, somos seres ambiguos de luz y sombra, de miseria y grandeza, de

bien y mal y, si en verdad no contamos con la gracia de Dios y estamos condenados a ser libres y morir solos, es indispensable preguntar qué somos y qué hacemos con ello; saberse uno mismo y no cercenarse; reconocer nuestra grandeza y nuestra pequeñez, al hacerlo, si bien no alcanzamos certezas inamovibles ni dejamos atrás la angustia de tener que hacernos, sí podemos comprender mejor nuestra existencia, hacerla más vivible y llevadera. Si somos seres para la muerte, si Dios no tiene interés en nosotros, si cargamos con la libertad de hacernos, habría que hacerlo desde lo que nos engrandece: la consciencia de nuestra propia pequeñez, el reconocimiento de nuestro vacío, la reflexión constante y puntual de lo que somos, la ambigüedad que nos constituye.

Toman lugar ahora otras figuras, Sócrates y Merlín. Sócrates es el filósofo por excelencia, famoso por encarnar una sabiduría que los mismísimos dioses reconocieron y que, a decir del mismo Sócrates, consiste en reconocer su propia ignorancia. Más allá del personaje platónico o del cómico de Aristófanes y los *Recuerdos* de Jenofonte, Sócrates es justo el Hombre que reconoce su pequeñez, aquel que antes de saberse portador de verdades absolutas y certeras, se cuestiona a sí mismo y reconoce que sólo sabe que ignora. Aunado a ello, Sócrates entiende el famoso oráculo délfico, que Pascal parece tener en cuenta para mostrar la necesidad que tiene el Hombre de preguntar por sí mismo, el famoso *gností sautón* o conócete a ti mismo.

Sócrates es el buscador constante y recalcitrante de lo que él mismo es, indaga en su interioridad para saberse a sí mismo y encuentra su pequeñez, finitud, vacío, ignorancia, no un mundo de ideas que, más bien Platón, pone en su boca para venderlo como un transmundo desesperado por ser eterno. Es más coherente imaginar un Sócrates sensato, conociendo sus propios límites, su razón insuficiente y su finitud, eso, en sentido pascaliano lo que dota de grandeza. El Sócrates pascaliano

llevaría como estandarte su ignorancia, apelaría por el constante interiorizarse para saberse y exigiría ante la condena de beber cicuta enfrentarse al silencio de su celda, apostando por pensarse a sí mismo antes que emitir peroratas sobre mundos por venir luego de la muerte. Este Sócrates pascaliano reconocería con mayor ahínco su ignorancia, su falta de razones, sus propios límites.

Por otro lado, pero en la misma línea, el mago por excelencia, el sabio nigromante y profeta que aparece en el Quijote, como en los mitos del rey Arturo, el mago Merlín comúnmente conocido por guiar a los paladines jóvenes para que maduren y se transformen en el héroe que deben ser, nos interesa más por la forma en que, una parte de su historia narra, obtuvo su amplia sabiduría. En el capítulo 35 de la segunda parte del Quijote, vemos a Merlín señalar que su padre es el Diablo, pero no por haberle engendrado, sino porque en su sed de sabiduría, Merlín quiso saber más de lo que podía y pactó con el demonio que le enseñó muchas cosas que, al final, nada pudieron ya que Merlín se reconoció miserable, se enamoró de una hechicera de nombre Viviane o Nivienne, a quien enseñó todas sus artes mágicas y saberes que ella utilizó para encerrar a Merlín en una campana o roca de cristal. Merlín funge como imagen del Hombre sabio que termina por reconocer su pequeñez y hace manifiesta la inutilidad de su condición, dejándose apresar y derrotar por su amada. Más aún, Merlín se sabe capaz de conocer, pacta con el diablo por saber, pero termina por declarar que todo lo que sabe es insuficiente y enarbola un tópico básico de toda la literatura medieval que parece también tener en cuenta el autor de los *Pensamientos*: incluso el sabio, con todo su conocimiento, es entrampado y obnubilado por sus pasiones y su propia consciencia.

Tanto Sócrates como Merlín son Hombres en sentido pascaliano, ya que reconocen su insignificancia y eso los dota de

grandeza. Ahora bien, esta grandeza pascaliana es la toma de consciencia, el pensamiento mismo sobre la propia condición que implica el reconocimiento de nuestros límites, nuestras carencias y nuestra miseria. Ante todo esto, el retrato del Hombre pascaliano está más completo y la pregunta clave de la antropología filosófica es respondida de mejor manera: el Hombre es un ser de ambigüedad que habita el mundo, afectado por él crea desde su consciencia un sentido y un significado para sí mismo y para su entorno, no es mero organismo vivo que se adapte maquinal o instintivamente a su contexto. El Hombre es también un espíritu creador, de carácter finito que se enfrenta a su mundo de manera conflictiva porque pregunta por sí mismo, su origen, pertenencia y fin, las respuestas que se brinda muchas veces son ilusorias, por su debilidad y sed de razones, confía en ellas, se enajena perdiendo su capacidad creadora de sentido y significado, generando conformidad, alienación y divertimento.

Sin embargo, habrá de enfrentarse a sí mismo y luego nuevamente se verá en un mundo que no comprende, en medio de dos infinitos que lo tironean y, entonces, verá que su saber es insuficiente, sus razones mudables y sus creaciones irrisorias, no por ello debe dejar de hacerse porque está condenado a elegir, constituirse a sí mismo, buscar la verdad que, de antemano, no va a descubrir pero, en el ejercicio mismo de búsqueda inacabada, dotará de dignidad su miseria. Así, el Hombre es un ser digno, que piensa, cuestiona su entorno, duda y busca comprenderse a sí mismo. Dignidad quizás hueca o parecida a un premio de consolación, es el único asidero al que el Hombre puede aferrarse para poder existir, de no hacerlo caería en el divertimento, la vanidad, en la más terrible de las ignorancias: aquella que supone tener sabiduría de lo que realmente ignora.

Pascal entonces hace de la filosofía una antropología filosófica que pregunta por el Hombre y arroja luz sobre lo que

es, y más allá de ello, también constituye el ejercicio filosófico como la dignidad misma del ser miserable que es el Hombre. En otras palabras, si bien la filosofía nos nulifica porque corrosivamente va borrando nuestras más abigarradas certezas, es un ejercicio indispensable que, por crítico y caustico, nos dignifica, permite reconocernos a nosotros mismos y así, arrojarnos a hacernos, a constituirnos un sentido no absoluto y quizás inútil porque habremos de morir, pero sí indispensable para existir. La filosofía es la búsqueda humana y existencial de la dignidad y, al mismo tiempo, la constante consciencia que lúcida y despierta, nos muestra lo que somos: una caña pensante.

LA CAÑA PENSANTE

113-348 La caña que piensa. No es en el espacio donde debo buscar mi dignidad, sino en la ordenación de mi pensamiento. No tendría más si poseyese tierras. Por el espacio el universo me comprende y me absorbe como un punto; por el pensamiento soy yo quien lo comprende.

200-347 H. 3.-El hombre es sólo una caña, la más débil de la naturaleza; pero es una caña que piensa. No hace falta que el universo entero se arme para aplastarlo; un vapor, una gota de agua bastan para matarle. Pero aunque el universo le aplastase, el hombre seguiría siendo superior a lo que le mata, porque sabe que muere y la ventaja que el universo tiene sobre él, el universo no la conoce. Toda nuestra dignidad consiste, por lo tanto, en el pensamiento. Desde ahí es desde donde debemos elevarnos y no desde el espacio, desde el tiempo, que no sabríamos llenar. Esforcémonos, pues, en pensar mucho: he ahí el principio de la moral (PE 113, 200) (Pascal, 2014a, pp. 52,92).

II

La caña pensante se ve aquejada por su vacío, entiende su lugar en el mundo como lo más débil del cosmos y, hueca de un extremo a otro, no tiene más remedio que acudir a su pensamiento y generar con él creaciones, reflexiones y consciencia de sí misma. Sin embargo, estas reflexiones, estos pensamientos habrán de hacerle más que manifiesto su vacío, la habrán de

lacerar mostrándole sus huecos, su condición de ser finito arrojado al mundo para morir y habitar el cosmos con una existencia que no para y se dirige a dejar de ser. De esta suerte, la vida es pura fugacidad, puro abandono divino y eterna búsqueda de certezas igual de fugaces, porque todo termina cuando se vierte tierra sobre la cabeza y somos ya para el olvido.

El Hombre vive para morir, todo en él es pasajero, sin un Dios eterno, sin un asidero infinito, no puede experimentar ninguna honda satisfacción, es ahí donde Pascal se decanta por creer en Dios, por elegir apostar por la vida eterna y recomendar seguir los pasos de Cristo y así, poder participar de la gracia de Dios que en definitiva, Pascal supone, generará más ganancias que pérdidas. El asunto aquí es que ya no estamos en los siglos XVI-XVII, ha acontecido un genocidio en la Segunda Guerra Mundial que ha traído consigo una serie de dictaduras donde la dignidad humana ha sido pisoteada a costa de llenar los bolsillos de unos cuantos y asesinar a miles; se han generado una serie de armas de destrucción masiva que demuestran la bestialidad del ingenio humano, se han gestionado armas biológicas, virus letales, instrumentos para explotar recursos naturales que agotan el planeta y a la larga postran la vida hasta nulificarla, no se puede así creer en un Dios y su existencia.

Nietzsche tiene razón, más allá de la falta de asideros filosóficos o metafísicos de la tradición occidental, Dios ha muerto, ya no hay referente salvífico que dote de gracia nuestros actos ni referente moral que signifique guía existencial, en resumen, no hay ningún asidero humano para tener fe. Por mera consecuencia, Dios ha probado su ineficacia, su inexistencia o, en su defecto, su total ausencia o falta de interés por los Hombres que, entregados al divertimento y a la vanidad, engrandecen su soberbia y se creen amos y dueños de un universo infinito que no comprenden. El Hombre sin Dios, erigiéndose a sí mismo como deidad, explota su universo, pisotea a sus semejantes,

enajena su mente con mundos virtuales y baratijas del mercado, no escucha el silencio de los espacios infinitos y, así, no reconoce lo que es: ser finito, inmerso en el tedio, criatura miserable, vanidosa y ambigua, pero también capaz de pensar, ser consciente de sí mismo y su entorno, y elegir cómo hacerse, obligatoriamente, a sí mismo.

Bajo tales consideraciones, la respuesta a la pregunta ¿qué es el Hombre?, se manifiesta clara: una ambigüedad creadora. Lo que vale la pena pensar hoy, al más puro estilo pascaliano es qué estamos creando, qué dice de nuestra condición lo que hemos hecho con nuestra libertad de elegir hacernos. La respuesta implica cierta reflexión: pantallas inteligentes, teléfonos que más que comunicar nos mantienen en constante conectividad, también hemos originado redes virtuales que nos facilitan un mundo de información, pero terminamos por usar como mero entretenimiento y distracción, hemos creado formas e instrumentos para sobreexplotar los recursos naturales, sistemas de gobierno que enriquecen a pocos y empobrecen a muchos, puntos de origen del narcotráfico, la desigualdad y la deshumanización, y un largo etcétera que definitivamente prueba la razón que tenía Pascal al mostrar al Hombre como ser vanidoso que se entrega al divertimento para acrecentar su miseria. Sin embargo, hay otra cara, porque también se han originado hermandades sociales que ganan derechos de sectores vulnerables, se han originado vacunas y modos de prevención de desastres naturales y enfermedades, así como avances científicos en beneficio de la vida en general.

La caña pensante refleja una condición humana consistente en anhelar la verdad y ser engañado por sí mismo y por la mirada finita que se posee, además de saberse embaucado en un juego que obligadamente exige elegir, apostar, ser. La caña pensante, a pesar de todo, reflexiona e interpreta el mundo, genera sentido y significado, se reconoce a sí misma como

consciencia finita y en eso radica su grandeza, porque se yergue pensamiento lúcido capaz de originar valores, gesto siempre indispensable para una especie finita, frágil, incapaz de ser siempre la misma o estar absolutamente determinada. Así, ser una caña pensante, saberse hueco, reconocer el vacío, es una invitación a pensar, a hacerse, a conjurar todo aquello que nos enajena y así, finalmente, apostar por existir pensando.

III

Hécuba ha perdido a su esposo Príamo en la guerra de los diez años, no conforme con ello, los aqueos venidos del mar para invadir Troya, su reino, también le han arrebatado a sus hijos. Con la caída de Ilión, la antes reina es ahora una esclava que ha presenciado la destrucción de todo lo que ama. Además, Políxena, su hija menor, ha sido sacrificada en la tumba de Aquiles y, aún más, verá el asesinato de su nieto Astianacte, hijo de Héctor, mientras intenta en vano, porque es una vieja que profiere lamentos con su boca desdentada, buscar venganza. Nada puede, es una anciana sumida en el dolor y la desesperanza.

A su lado, su hija Casandra, una joven sacerdotisa que el Dios de la adivinación Apolo, ha pretendido, pero no ha podido conquistar y, como castigo, habrá de conocer proféticamente la verdad, el provenir, pero nadie le creerá al expresarse. Casandra sufre las cosas dos veces, cuando las profetiza y cuando las vive, ha visto la caída de Troya, la muerte de sus seres queridos y el funesto resultado del concubinato que Agamenón ha elegido pasar con ella a la fuerza: morirán a manos de Clitemnestra, la esposa dolida y abandonada del rey. Casandra anuncia sus bodas de sangre de manera frenética, sabe que es la antesala de su muerte, pero nadie habrá de tomarla en serio y, a los ojos de todos, parecerá enloquecida y sin razón, pero ella está conforme con su destino, se sabe a sí misma instrumento de destrucción

de los griegos y sabe que los vencedores y su suerte es peor y más funesta que la de los vencidos, porque Agamenón morirá a manos de su propia esposa, en medio de la ignorancia y, si bien hoy se levanta vencedor de la guerra, moral y físicamente se ha degradado.

Frente a Hécuba destrozada y Casandra enfebrecida, aparece Andrómaca, la esposa de Héctor que enfrenta la muerte de su esposo y el sacrificio de su hijo, siendo presa de la desdicha. Los tres personajes forman parte de la tragedia de Eurípides titulada *Las troyanas*, que llama la atención porque está alejada de la trama heroica, sólo se centra en mujeres que aceptan y sufren su destino mientras expresan el lado oscuro y menos épico de la guerra, así, lo que vemos en escena no es sino el dolor de los vencidos, la muerte terrible que, no acaecida en los campos de batalla, transcurre sin honor, en la más funesta de las condiciones. Hécuba, Casandra y Andrómaca son la muestra de lo amargo, de lo lamentable, de la desesperanza que abraza por instantes a la condición humana y, en el fondo, *Las troyanas* es también reflejo de que la condición humana, al no ordenar su pensamiento, al no poder reflexionar, acrecienta su debilidad natural consistente en ser presa de la muerte y el sufrimiento por un simple vapor o una insignificante gota de agua o, más real y aplicado a nuestro contexto, un virus que ni siquiera vemos.

En ese orden de ideas, particularmente Hécuba y Andrómaca son una caña hueca y débil que se resquebraja con facilidad porque nada en su interior la fortalece y, al ver derruido su exterior, sufre y se anula. Mientras que Casandra sabe, porta las verdades, entiende las cosas y, aunque a los ojos de los otros parece enloquecida, ordena su pensamiento y reconoce su grandeza. Casandra es una caña que piensa.

Referencias

- Albiac, G. (1981). *El autor y su obra Pascal*. Barcanova.
- Beguin, A. (2014). *Pascal*. Fondo de Cultura Económica.
- Bolaños, B. (2008). *Pascal*. Universidad Autónoma Metropolitana.
- Descartes, R. (1997). *Meditaciones Metafísicas y otros textos*. Gredos.
- Esquilo. (2001). *Tragedias*, traducción y notas de Bernardo Perea Morales. Gredos.
- Eurípides. (2006). *Tragedias*, traducción y notas de J. L. Calvo. Gredos.
- Gual, C. G. (2004). *Diccionario de Mitos*. Siglo Veintiuno.
- Gual, C. G. (2007). *Introducción a la mitología griega*. Alianza.
- Mesnard, J. (1973). *Pascal el hombre y su obra*. Tecnos.
- Pascal, B. (2006). *Conversaciones con el Sr. de Saci*. Ediciones Sígueme.
- Pascal, B. (1977). *Opúsculos*. Aguilar.
- Pascal, B. (2005). *Pensamientos*. Valdemar.
- Pascal, B. (2014a). *Pensamientos*. Gredos.
- Pascal, B. (2014b). *Las provinciales, Opúsculos, Cartas, Obras matemáticas, Obras físicas*. Gredos.
- Pascal, B. (2015). *Pensamientos y otros escritos*. Porrúa.
- Quignard, P. (2011). *Butes*. Sexto Piso.



Una caña pensante. Imagen del Hombre y su condición finita, de Fidel Argenis Flores Quiroz, se terminó de editar en agosto de 2022, en Toluca, Estado de México. Para su formación se usó la familia tipográfica Kievit, de Michael Abbink & Paul van der Laan, de la Fundidora Font Font. Diseño y formación: Rogelio González Pérez. Cuidado de la edición: Grecia Yisel Millán Herrera. Editores responsables: Alejandro Pérez Sáez y Jorge Eduardo Robles Alvarez.

Fidel Argenis es un destacado aprendiz de los pensadores griegos y fiel heredero de la curiosidad y el escepticismo de sus maestros. Nos ofrece un texto creativo e inspirador sobre una de las cuestiones fundamentales de la filosofía: ¿qué es el hombre? Podemos pensar que se trata de una pregunta sin respuesta, sin sentido, o de una pregunta útil solamente para espíritus académicos. De ninguna manera. Para demostrar el valor y vigencia de esta reflexión, el joven autor recupera el mayor aporte que el filósofo francés Blaise Pascal dio a la ciencia y a la visión del ser humano: el concepto de vacío y del hombre como una “caña pensante”.

Así, la existencia del hombre es finita y la vida un espacio vacío. A su vez, cada día y cada horizonte de vida son un espacio por habitarse, para el movimiento, la reflexión y el pensamiento. El desafío e inspiración de este libro es, entonces, pensar y con ello dirigir nuestras capacidades, afectos, deseos, pasiones y emociones hacia un modo de ser que dé sentido y valor a nuestra efímera existencia, hacia una vida digna de ser humano.